Márcio Mendes

Coleção Dons do Espírito



O Dom do Discernimento dos espíritos

D

El don del discernimiento de espíritus es de gran ayuda en el proceso de curación, liberación y crecimiento del hombre interior. Es un carisma precioso que se manifiesta en la oración, por la que Dios conduce a la persona que ora. Hombres y mujeres de todo el mundo han redescubierto su eficacia sanadora en la restauración personal y reconocen con gratitud la fuerza que el Señor les da en la oración de intercesión por todos los necesitados, los enfermos y los oprimidos.

Para los primeros cristianos, el discernimiento de los espíritus impregnaba tanto la vida de la Iglesia como la de cada hombre y mujer que pertenecía a ella. Fueron tan movidos por la fe y guiados por el Espíritu Santo que su oración se convirtió en una verdadera fuente de descubrimientos: conocieron en profundidad su propia alma, la voluntad de Dios para su vida, y recibieron tratamiento para sus heridas interiores. .

El discernimiento de los espíritus es luz divina que ilumina y sana. Por él, el hombre reconoce todos sus errores, pecados y enfermedades, y en la oración humilde y confiada encuentra alivio y remedio a sus males.

Podemos leer en la Escritura: cuando el hombre toma la decisión de volverse a Dios, el mismo Señor acude inmediatamente en su ayuda y lo involucra. Así, con cada discernimiento, con cada decisión tomada, Dios confirma cada vez más a esa persona: “Si te conviertes, yo te convertiré y en mi presencia permanecerás. Y si sabes separar (discernir) lo que es valioso de lo que no vale, tú serás mi boca, ellos se pasarán a tu lado y tú no te pasarás a su lado” (Jer 15,19).

El discernimiento es simplemente dejarse llevar por el Señor. Cuando una persona se deja guiar por Dios, el Espíritu Santo la conduce por los caminos de la oración de manera que no sólo la convierte en alguien que ora, sino que la convierte en una persona mejor, más sana, más fuerte, más madura, en fin. , el Espíritu la hace una persona feliz.

La felicidad es el resultado de una vida que rompió con la mentira y se dejó conducir por el Espíritu de la Verdad. “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”, es la seguridad de Jesús.

A

Hoy en día, cuando las personas ya no encuentran placer en la vida y se sienten perdidas, muchas de ellas tienden a dedicarse a las técnicas mentales con el fin de llenar su vacío interior y anestesiar el sufrimiento que esto les provoca, pero el hombre de oración recurre a otro camino por delante. . a los impasses de la vida: ora y levanta los ojos al cielo para discernir cuál es la guía de Dios para esa situación concreta: "Señor, mis fuerzas se agotan ante esta situación que me ha tocado, y cómo no sé qué hacer que mis ojos se levanten esperando una respuesta" (cf. II Crónicas 20,12). "Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá la ayuda?
Mi socorro vendrá del Señor, creador del cielo y de la tierra" (Sal 120, 1-2).

En esta vida, los sufrimientos que más hieren a las personas que aman a Dios no son la pobreza, la enfermedad, los insultos o las persecuciones, sino las tentaciones y tribulaciones espirituales.

Los sufrimientos son las tempestades que agitan el corazón de los hombres. Una vez revueltos el slime y el perfume, el primero huele mal y el segundo suelta un olor agradable. Probados por la misma desgracia, dice Agustín, los malos odian y blasfeman, mientras que los buenos oran y alaban. La diferencia no está en la desgracia sufrida, sino en la calidad de quien la sufre.

El hombre sufre porque en lugar de buscar en Dios la fuerza, la felicidad y las respuestas, las busca en sí mismo y en los demás hombres. Así que no te llevará mucho tiempo confundirte y cometer errores que te causarán mucho dolor. Es

orando como el hombre se acerca a la luz de Dios. Y cuanto más se acerca a ella, mejor puede verse a sí mismo, a los planes del Señor para su vida, y liberarse de las trampas que el maligno le pone delante para hacerle daño y que no descubra la verdad.

Discernir espíritus es descubrir lo que viene de Dios, de la naturaleza humana herida o del demonio, en las personas, grupos, lugares o cosas; es conocer la verdad. discernimiento en nosotros

revela lo que nos conviene desde el punto de vista de Dios, desde su proyecto para nuestra vida.

Puede que la verdad no siempre agrade, pero nunca deja de salvar. Al acercarse a Dios, la persona toma conciencia de sus deformidades y pecados. Esto os causa dolor, pero es sufrimiento terapéutico, que quema las miserias y cauteriza las heridas.

La curación comienza con el discernimiento. Al tomar conciencia del mal, la persona rompe con él. En el mismo momento en que acepta las mentiras que rodeaban su vida y las abandona, la persona entra en comunión con Dios y logra alcanzar la luz de la verdad. El abandono del mal es el comienzo de una nueva vida: "No os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestro espíritu, para que seáis capaces de discernir cuál es la voluntad de Dios, cuál es el bien, lo que le agrada y lo que es perfecto» (Rm 12,2).

Cuando el discernimiento revela en nosotros lo que necesita ser transformado, también nos guía para que sepamos lo que en nosotros es bueno y agradable a Dios. Su fin es, en todo, guiarnos para descubrir cuál es la voluntad del Señor en nuestra vida.

Por este carisma, la persona es llevada a reconocer los propios dones y talentos, la bondad y la belleza que Dios ha depositado en ella, así como la presencia del Espíritu Santo en su corazón. Pero también tiene que afrontar todo lo que la aleja de Dios; reconocer y asumir los propios pecados, errores, maldades, perversiones.
Necesitas romper con todo lo que es malo y que de alguna manera brotó dentro de ti.

Quien se aferra al mal no se ama realmente a sí mismo (cf. Sal 10, 6). Si una persona no admite sus propias faltas, no sólo le falta la luz del discernimiento, sino que entra en tinieblas más oscuras. El peor paciente es el que no reconoce su propia enfermedad. San Agustín, uno de los grandes psicólogos de los primeros siglos, había entendido que el amor a todo lo que está mal enferma el alma y atormenta el cuerpo. Lo llamo psicólogo, porque la psicología es la parte de la filosofía que se ocupa del alma y sus manifestaciones. Y en esto Agustín fue maestro: "O destruyes el pecado que hay en ti, o él te destruirá a ti".

Enfim, o discernimento dos espíritos é luz que distingue o que vem de Deus do que não é de Deus, julga todas as coisas a fim de ficar somente com o que é bom, é luz que alegra o coração, porque o pecado entristece a pessoa hasta la muerte.

Cuando es iluminado por el Espíritu Santo, el ser humano se convierte en lo que Dios siempre quiso que fuera. Entonces comienza a curarse y se convierte en una persona plena, cada vez más plena. La fe nos asegura que este camino de sanación y realización pasa por la oración.

Pidamos, pues, que el Espíritu del Señor venga a visitarnos ahora:

O D

Divino Espíritu Santo, en el nombre de Jesucristo, ven sobre mí e ilumina mi corazón con tu luz. El Señor es la luz de mi alma y el tesoro de mi vida. Si el Señor está en mí, nunca seré pobre y miserable. Ven a consolarme y defenderme.

Ven a vivir en mi corazón y líbrame de todo peso y de todas mis preocupaciones.

Amado Espíritu Santo, Amor de Dios, quiero descansar en el Señor, lléname de tu dulzura y frescura, consuélame en mis angustias y aflicciones. Señor, ilumina completamente mi corazón para que pueda ser bueno. Si el Señor no ayuda, nadie escapa del pecado y del mal.

Amigo y protector mío, ven y líbrame del pecado, suaviza la dureza de mi corazón y sana mis heridas. Dame fuerza para vencer mi propia terquedad, destierra toda pereza e indiferencia.

Guárdame, Espíritu Santo, en el Buen Camino que es Jesús.

¡Señor mío y Dios mío, creo en tu amor, confío en tu bondad! Concédeme tus carismas. Dame discernimiento para que pueda caminar en tu alegría y ser feliz en tu presencia. ¡Amén!

A

El camino de la oración fue, sin duda, recorrido por San Pablo. Sobre esta experiencia dice el apóstol: "Intensificad vuestras invocaciones y súplicas. Orad en toda circunstancia por el Espíritu, en quien perseverad en intensa vigilia de súplica [...]. Porque no tenemos lucha contra hombres de carne y hueso, sino contra principados y potestades, contra los gobernantes de este mundo tenebroso, contra las fuerzas espirituales del mal (esparcidas) en el aire" (Efesios 6:18;12).

El discernimiento de espíritus presupone una lucha espiritual inseparable del combate de la oración. Si bien la oración es un don de la gracia de Dios, también es una decisión de la persona y requiere esfuerzo. Cuando oramos, luchamos contra nosotros mismos y contra la acción del mal, que se empeña en impedir que oremos y seamos guiados por el Espíritu Santo. Una de las tentaciones es pensar que la oración es una pérdida de tiempo y que hay cosas más importantes que hacer. También están los que buscan a Dios a través de la oración, pero pronto se desaniman porque olvidan que la oración no depende sólo de ellos, sino también, y principalmente, del Espíritu Santo.

El Concilio Vaticano II, reafirmando las enseñanzas de la doctrina católica sobre el combate espiritual, atestigua que una dura lucha contra los poderes de las tinieblas atraviesa la historia humana. Esta batalla iniciada desde el principio del mundo durará hasta el último día, según las palabras de Jesús. Los seres humanos están incluidos en esta lucha y deben luchar siempre si quieren ser fieles al bien. Sólo con grandes esfuerzos y con la ayuda de la gracia de Dios podrá llegar a su realización (cf. GS 37).

Para descubrir cuál es la voluntad de Dios, para discernir el bien del mal, y lo que es bueno de lo que es mejor, es necesario afrontar las dificultades que van en contra de nuestra oración: pereza, desánimo interior, desconfianza de que Dios no responderá por algún pecado que hayamos cometido, las innumerables ataduras que nos apesadumbran el corazón, la desilusión cuando Dios no hace exactamente lo que le pedimos, la dificultad para aceptar la bondad del

Señor, que nos respondes libremente a pesar de nuestros errores. Varias veces nos preguntamos: ¿orar para qué? ¿Hace alguna diferencia orar? ¡La respuesta es sí! Eso hace toda la diferencia. Pero, para recibir de Dios la respuesta a la oración, se debe insistir con humildad, confianza y perseverancia.

O

Los obstáculos que surgen durante la oración son oportunidades para el discernimiento, ya que una de las mayores dificultades que enfrenta quien ora es la lucha contra la distracción.

Tan pronto como una persona comienza a orar, el tentador se llena de envidia y lo ataca con malos pensamientos, emociones desordenadas y diversas clases de perturbaciones para impedirle seguir adelante. Aquí se aplica esa palabra: "Hijo mío, si entras al servicio de Dios, mantente firme y prepara tu alma para la prueba" (Sir 2,1).
No debemos tener miedo, sino considerarlo normal, e incluso esperarlo. Si oramos con fe, debemos permanecer firmes en el contraataque, porque el Señor no nos abandonará. Este era el pensamiento de San Agustín: "Entrégate a Dios, no tengas miedo, porque si te pone en la lucha, ciertamente no te dejará solo para caer".

Preocuparse demasiado por las distracciones es dejarse atrapar por ellas. Si estamos distraídos, lo único que debemos hacer es volver nuestros pensamientos y afectos a Dios. Si somos pacientes, el Señor hará que aprovechemos esta dificultad, porque, de hecho, la distracción es síntoma de que estamos atados a algo oa alguien.

En otras palabras, no sirve de nada reprimir los pensamientos y las fantasías, porque al hacerlo vuelven con más fuerza e intensidad. Más bien, en oración los reconocemos y le pedimos al Señor que nos revele de dónde vienen. Para que ya no puedan molestarnos.

Si reconocemos humildemente este vínculo que nos une, podemos poner nuestro corazón ante Dios y pedirle que nos libere. La lucha es discernir lo que Dios quiere y saber si estamos dispuestos a obedecer lo que Él nos pide.

Lo opuesto al discernimiento es la confusión.

Confuso es todo lo que no está claro. Es lo que nos avergüenza, genera desorden, perturbación, y por eso nos mantienen amarrados, indecisos.

Estamos atados porque no sabemos qué camino tomar y no podemos distinguir cuál es la mejor decisión en un momento dado.

La confusión nos impide resolver cualquier duda. En primer lugar, para resolver algo, debe saber claramente cuál es el problema. Si no se expone claramente la dificultad, si no hay discernimiento, nunca se encontrará la salida.

Cuando nuestra salud está quebrantada, inmediatamente buscamos un médico; si nos rompemos un brazo, vamos al ortopedista; si el corazón está débil, nos apresuramos a encontrarnos con un cardiólogo.
Ahora bien, si todo lo que nos rodea está un poco atascado, si es nuestra vida la que no despega, ¿dónde debemos buscar ayuda? ¿A quién debemos acudir? Si nuestra vida no va bien y hacemos caso omiso de las fuerzas que la provocan, debemos preguntarle al que nos creó qué está pasando.

La Palabra de Dios revela que el pecado es la raíz de todos nuestros males. Él es la primera causa de nuestro sufrimiento. El hombre, tentado por el demonio, deja morir en su corazón la confianza en Aquel que lo creó. Seducido por el mal, quiso ser como Dios; peor aún: se volvió contra Dios mismo.

Cuando el ser humano rompió con su Creador, autor y fuente de toda vida, la muerte entró en el mundo (cf. Rm 6, 23) e hizo sentir sus consecuencias: el cuerpo se rebeló contra el espíritu (cf. Gn 3, 7), esposo y la mujer discrepaba y comenzaban a acusarse mutuamente (cf. Gn 3,11-18), el deseo de posesión y dominio absorbía el corazón de cada uno y el hermano se volvía contra el hermano (cf. Gn 4,3-15).

La inmensa miseria que oprime a las personas, así como la inclinación humana hacia el mal y la muerte, brotan del pecado. Hirió nuestra naturaleza y nos debilitó. Por ti, el sufrimiento nos dominó y fuimos sometidos al imperio de la muerte y mantenidos en la ignorancia. El pecado ha comprometido nuestros poderes naturales de discernimiento. Así, cuando queremos orientar nuestra vida, independientes de Dios, apoyados en criterios sencillos de sabiduría y prudencia humanas, somos como ciegos que conducen a otros ciegos al mismo precipicio.

Cuando una persona cae en un pozo de arenas movedizas, el gran problema es la incapacidad de salir. Cuanto más luches y más fuerza ejerzas, más rápido te hundirás. Lo mismo nos sucede cuando creemos que con nuestras propias fuerzas y recursos lograremos el éxito y alcanzaremos la felicidad.

Buscar la propia salvación sin Dios es hundirse en la desesperación de intentarlo sin lograrlo nunca.

Por nosotros mismos, somos incapaces de encontrar la salida, y nadie puede ayudarnos, porque padece la misma enfermedad que nosotros. Necesitamos el don del Espíritu para discernir el camino. Necesitamos que Dios nos libre por una fuerza divina que no tenemos.

Durante una fiesta, unos jóvenes se estaban divirtiendo y uno de ellos presumía sus habilidades. Les dijo a todos lo bien que podía ver. Desafiaba a sus propios amigos a cualquier disputa.

Más tarde, muy cansado, se durmió en el sofá de la sala. Los compañeros se dieron cuenta, apagaron las luces y sellaron con mantas todas las ventanas y rendijas por donde podía entrar cualquier hilo de luz. Finalmente, un globo explotó cerca de él. Sobresaltado, el pobre hombre saltó y cayó de pie. ¿Cuál no fue tu sorpresa? Podía escuchar las conversaciones, la música, las risas, pero algo había cambiado: simplemente no podía ver. Luego salió a tientas mientras los demás se burlaban de él. Finalmente, desesperado, concluyó: "¡Estoy ciego!" No pasó mucho tiempo, alguien volvió a encender las luces y uno de los compañeros le dio una palmada en la espalda, diciendo: ¿de qué sirven los buenos ojos si no tienes la luz?

También hemos sido envueltos por la oscuridad del pecado, que no nos permite, independientemente de cualquier capacidad, encontrar el camino que lleva a la salvación. Ni nuestra inteligencia, ni ninguna prudencia y sabiduría humanas son capaces de hacernos alcanzar la verdadera felicidad y alcanzar la salvación.

Por muy buenos que sean nuestros ojos: si nos falta la luz, no podemos discernir nada de lo que tenemos delante. Asimismo, sin la luz de Dios es imposible caminar hacia la vida, y cualquier piedra en el camino es capaz de derribarnos.

En cierto modo, esta fue la respuesta de Jesús a los fariseos: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero ahora aparentáis ver, y vuestro pecado permanece” (Jn 9,41). Aquellos que no reconocen su propia ceguera no pueden ser ayudados.

Necesitamos a alguien que encienda la luz, que disipe la oscuridad.

D

¿Por qué se llama al pecado “tinieblas del alma”? ¿Cómo afecta el discernimiento? Esto es porque el pecado es precisamente no dejarse llevar por Dios, no confiar en él, no creer en su Palabra, ya que creemos más en nuestras propias capacidades. Es negarlo como luz, porque no queremos que nadie nos señale el camino a seguir. Es preferir caminar solo en la oscuridad que tener que depender de alguien que nos ilumine el camino. Es formarte un conjunto de criterios y valores para llevar tu propia vida sin Dios y, muchas veces, rebelde a Él.

Cuando esto sucede, las consecuencias no tardan en manifestarse. El abuso sexual, la enemistad, las peleas, los celos, el odio, la ambición, la discordia, la envidia, el asesinato surgen cuando, ignorando a su Creador, el ser humano busca la felicidad a cualquier precio.

Todo lo que alguien hace en oposición a Dios se vuelve contra él: “El que me ofende a mí, se daña a sí mismo; el que me odia ama la muerte» (Pr 8, 36). Finalmente, el discernimiento nos hace ver que alejarnos de Dios es caminar hacia la oscuridad y matar nuestra propia felicidad.

Para encontrarse a sí mismo, el hombre necesita de aquel que dijo: “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, nunca andará en tinieblas” (Jn 8,12).
El ser humano no es luz para sí mismo y no puede salvarse a sí mismo, sino que depende de Dios para que lo ayude, y si no acepta la única ayuda que puede salvar su vida, acaba perdiéndola (cf. Mc 8,35).

Sólo cuando el hombre reconoce que necesita a Dios puede orar. En la oración, por tanto, la persona debe dejarse iluminar por Él, observarse a sí misma, sus pensamientos, sentimientos y las situaciones que la rodean, y preguntarse: “Dios mío, ¿por qué las cosas son así? ¿Qué está causando esto?". El Señor responderá y nos hará discernir. El discernimiento no es un fin en sí mismo, sino un medio para orar mejor y actuar según la voluntad de Dios.

A través de este carisma, Dios nos hace conscientes de todo lo que está trastornando nuestro espíritu y que debe ser expulsado de nuestro corazón.

corazón. Para esto revela la raíz, la fuente, de donde surge toda perturbación. Así, el discernimiento es condición indispensable para una buena oración y una sana vida espiritual. Nos hace descubrir las tentaciones, las inclinaciones del corazón, además de hacernos vigilar todas las influencias externas: "Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt 26,41).

Nada hay más excelente para buscar y liberar nuestro interior que permanecer vigilantes en la oración. Cuando oramos, el Espíritu Santo nos lleva a la presencia de Dios y entra en lo más profundo de nuestro ser. Allí nos examina y nos sana. Con su luz, todo se hace visible dentro del hombre; en su presencia, lo que estaba oculto se manifiesta y todo se aclara. Por eso, san Juan lo llama el "Espíritu de la verdad" y afirma que él "os enseñará todo lo que es verdadero" (cf. Jn 16,13) porque enseña, propone, inspira, recuerda todo lo que Jesús dio a conocer a sus discípulos discípulos.

O

A menudo, no entendemos nuestra historia, no podemos entender nuestros propios sentimientos y, en realidad, ni siquiera conocemos nuestras capacidades. Esta es nuestra limitación.
Pero abrirse al don del discernimiento significa más que tomar conciencia de lo que se esconde en nuestra alma, más que reconocer debilidades y limitaciones. Discernir es saber lo que Dios tiene reservado para nosotros, es estar abiertos a cosas que "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano llegó a imaginar" (1 Cor 2, 9).

São Paulo es categórico al afirmar que estas cosas "Dios nos las reveló por su Espíritu, porque el Espíritu penetra todo, hasta lo más profundo de Dios. Porque ¿quién sabe las cosas que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que mora en él? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Ahora bien, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, que nos da a conocer las gracias que Dios nos ha concedido» (1 Cor 2, 10-12).

Quien quiera comprender mejor la vida, las realidades espirituales y conocer los dones que Dios le ha dado, necesita experimentar, como decía San Atanasio, el poder de iluminación del Espíritu Santo. Él concede a cada hombre y mujer que se acerca una especie de claridad para descubrir la verdad.

El Espíritu Santo se da a toda persona que es capaz de recibirlo. Él la llena, la envuelve con su amor y la hace espiritual. Así como una vasija, después de llenarse, comienza a rebosar, así una persona llena del Espíritu se vuelve espiritual y derrama sobre las personas con las que vive la gracia que ha recibido de Dios.

El primer paso en el discernimiento es encomendarse al cuidado de Dios para que Él nos dé su Espíritu. Sólo a través de la oración es esto posible. San Juan de la Cruz dice que, en ese momento, la mirada de Dios produce en nosotros cuatro bienes: nos purifica, nos favorece, nos enriquece y nos ilumina. Es como el sol que, cubriendo la tierra con sus rayos, seca, calienta, embellece y hace brillar todas las cosas.

Si por el pecado se apaga en nosotros esta luz de Dios, todo vuelve a las antiguas tinieblas y tenemos miedo y aturdimiento. Eso es lo que sucede en la noche cuando se va la luz y se apagan todas las luces. En la oscuridad, nuestros ojos se ciegan, nuestras capacidades disminuyen y ya no distinguimos las cosas como deberíamos; corremos el riesgo de beber veneno, confundirlo con medicina o pisar un diamante como si fuera una piedra sin valor. Lo mismo sucede en el campo espiritual: es imposible, sin el Espíritu Santo, descubrir lo que es realmente bueno y digno de ser elegido.

O

Sin el Espíritu Santo no hay discernimiento. Ningún hombre camina sabiamente si Dios no lo guía. ¿Y cuando Dios guía al hombre? Cuando el hombre está lleno de Dios.

Una lucidez gozosa y serena acompaña siempre la venida del Espíritu. Llega con corazón de madre para guiar al hijo que se había perdido. Viene a salvar, sanar y enseñar. Viene a corregir y fortalecer, a enjugar las lágrimas, consolar el corazón e iluminar la mente. Él hace esto primero al receptor; luego, se sirve de esa persona para tocar y transformar a los demás.

Así como quien, en un cuarto oscuro, abre la ventana y se llena de luz, comenzando a ver con claridad lo que antes no podía ver, así también tiene el corazón iluminado aquel sobre quien Dios ha derramado el Espíritu Santo. y recibe una visión sobrenatural para ver lo que antes no podía ver.

Esto sucedió cuando un discípulo de San Serafín de Sarov le preguntó: “¿Cómo puedo reconocer en mí la presencia del Espíritu Santo?”. Después de algunas explicaciones, Serafim se vuelve hacia su amigo, lo toma por los hombros y, apretándolos con fuerza, dice: “Ambos somos, tú y yo, en la plenitud del Espíritu Santo. ¿Por qué no me miras?" El discípulo respondió: “No puedo, Padre, mirar tu rostro. Los rayos salen disparados de sus ojos. Su rostro se volvió más brillante que el sol. Me duelen los ojos...". Entonces, el Padre Serafim le dijo: “No temas, amigo de Dios. Tú también te has vuelto tan luminoso como yo. Tú también estás ahora en la plenitud del Espíritu Santo, de lo contrario no me habrías podido ver”.

Sólo estando lleno del Espíritu puede el hombre tener la gracia de la visión espiritual. Ya en los primeros siglos los cristianos enseñaban que nadie es capaz de comprender a Dios ni comprender las realidades espirituales si no se abre al amor del Señor y recibe, por la fe, el Espíritu del Señor. San Hilario compartía este pensamiento: “Mientras el corazón no ha alcanzado, por la fe, el don del Espíritu Santo, ciertamente tiene la posibilidad de conocer a Dios, pero le falta la luz para comprenderlo”. O

el discernimiento consiste precisamente en esto: que el hombre conoce a Dios ya sí mismo. Sobre esto decía la Palabra de Dios: “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (cf. 1 Tm 2,3-4).

Discernir es conocer en profundidad, a través de la asistencia divina. Significa distinguir con precisión de dónde viene la inspiración: de Dios, del hombre o del diablo. Según Agustín, es orando que se obtendrá este conocimiento: “Dios quiere darse a sí mismo, pero sólo se da a quien quiere recibirlo. Está claro que quien no pide no quiere recibir”. Tienes que preguntar.

Hay una antigua y preciosa oración que se usa a menudo cuando se quiere invocar al Espíritu Santo antes de tomar una decisión importante: “Oh Dios, que instruiste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que podamos 'justamente apreciemos todas las cosas según el mismo Espíritu, y gocemos siempre de tu consuelo”. En otras palabras, le estamos pidiendo a Dios que nos revele de una manera sobrehumana lo que debemos hacer para no equivocarnos en ninguna decisión importante de nuestra vida. Apreciar correctamente es discernir sin error.

O

Ciertamente, el don del discernimiento no se reduce al sentido común, sino que lo atraviesa. Por ejemplo, probablemente sepa que muchas personas arruinan parte de sus vidas y pierden oportunidades brillantes por hablar demasiado. Podría haber sido diferente... pero faltaba sentido común. Cualquiera que revele sus planes a alguien corre el riesgo de ser pasado por alto. Cualquiera que revela sus sueños a un enemigo termina siendo humillado. Un especulador no dudará en usar lo que dijiste en tu contra. Por eso, los años enseñan que hay una sabiduría escondida en el silencio, las grandes mujeres y los grandes hombres de la humanidad lo saben. Si callas, serás tomado por sabio, como decía el viejo Job (cf.
Trabajo 13.5).

Hay situaciones en las que lo más inteligente es callarse y esperar. Sin embargo, para algunos esto es difícil y para otros imposible. Conozco buenas personas que creen que no hay nada malo en hablar demasiado, en abrir el corazón a todos y exponer sus pensamientos a cualquier criatura que se cruce en su camino.
Incluso piensan que esa es una de las buenas cualidades que tienen, y dicen con cierto orgullo: “Sí… así soy yo. Soy un libro abierto. Digo lo que pienso, le duela a quien le duela”. Y las cosas van muy bien hasta que empiezan a experimentar las consecuencias... En el momento exacto en que la situación se torna y todo empieza a torcerse, llega la tentación de gritar: "Parece que todo está en mi contra", "Nada hago". obra bien”, o incluso, “¿Dónde está Dios?”. El miedo, entonces, no pierde el tiempo y llama a la puerta con su hábil capacidad de convencer de que todo está en nuestra contra y que no hay salida, como un vampiro, chupa las pocas fuerzas que nos quedan.

El punto es que mucho mal se evitaría si hubiera un poco más de cuidado al hablar, cuidado de no poner en manos del adversario armas (conocimientos y palabras) que serán usadas contra nosotros. No es andar hablando al viento de todo lo que pasa

en nuestra intimidad. En mi casa siempre escuchamos que “la prudencia y el caldo de gallina nunca le hacen daño a nadie”.

Ser prudente es avergonzarse no sólo del cuerpo, sino también del alma. La persona que tiene pudor sexual sabe que su cuerpo es sagrado y por lo tanto secreto. Quien no piensa en lo que dice deja expuesto no su cuerpo, sino su alma completamente desnuda. No sabe mantener en secreto lo que es sagrado. Y si no guardas tu propio secreto, ¿quién te garantiza que guardarás los demás? “El que desprecia a su prójimo demuestra falta de sentido; el sabio calla” (Pr 11,12).

Las personas más interesantes, las más encantadoras, aportan un “algo” de misterio. Incluso cuando se muestran, no dejan que nadie invada su corazón. Sólo gradualmente, apoyados en un celoso silencio, se dan a conocer. En esta sociedad de relaciones desechables, donde las personas están cada vez más acostumbradas a “tener experiencias afectivas y sexuales” entre sí, necesitamos aprender de nuevo el arte de acercarnos, de hacer amigos, de ser románticos y enamorarnos… Sobre todo, es que necesito aprender a salir “bello”, a elegir mis palabras, a no declararme enseguida, a no vulgarizar lo más bello que hay en nosotros: nosotros mismos.

¡La persona que busca discernir evita tanto sufrimiento! Puede que no escape a todos los males, pero regatea buena parte de ellos. En el discernimiento reside una sabiduría que revela errores y peligros; al mismo tiempo, brota de ella una fuerza que permite evitarlos. Y, ya ves: es en el silencio prudente que se forma el discernimiento y se revela la sabiduría.

La gente huye de los que hablan demasiado, pero se acercan a los que tienen discernimiento. Si quieres la atención y el respeto de la gente, hay un camino a seguir: conoce el momento adecuado para callarte y hablar. Ni siquiera ante la muerte Jesús tira las palabras: “Entró de nuevo en el pretorio y le preguntó a Jesús: ¿De dónde eres?
Pero Jesús no le respondió” (Jn 19,9). Jesús sabía que hay momentos en que la mejor defensa es el silencio. Incluso los inocentes parecen culpables cuando siguen justificándose: nuestros amigos no necesitan nuestras justificaciones para creernos y nuestros enemigos no les creerán, sin importar cuán buenos sean.

Sin embargo, la ventaja de callar es que podemos escuchar a Dios y recibir su gracia: “Escuchad en silencio, y vuestra modestia provocará benevolencia” (Sir 32,9). El discernimiento es, por tanto, un conocimiento conferido por Dios, de orden sobrenatural, al que el ser humano no puede tener acceso sino a través de una ayuda divina gratuita que le impulsa desde dentro. Es más que tener acceso a tu propio inconsciente y mucho más que reconocer tu propia oscuridad interior. Ante todo es conocimiento de la verdad, donde reconozco las fuerzas que luchan dentro de mí, donde mi corazón aún está cerrado al amor, y descubro lo que en mi vida está vuelto contra Dios. Es

necesario que cada uno de nosotros también nos conozcamos con misericordia: ser mansos con los demás, pero también con nosotros mismos. El maligno nos sugiere que es bueno estar enojados con nosotros mismos cuando cometemos un error o pecamos. ¡Pero no! Esta es la tentación del enemigo, que se esfuerza por quitarnos la paz, para que no podamos hacer ningún bien.

O

Señor mío y Dios mío, lleno de amor y bondad, acepto perdonar a todas las personas en mi vida, comenzando por mí mismo, porque sé que el Señor me perdonó primero. Y si el Señor ya me ha perdonado, yo también me perdono por todos mis pecados, faltas y faltas, especialmente por esta situación (presenta a Dios lo que te molesta).

Me perdono por no ser perfecto, por no acertar siempre, me acepto como soy y decido dejar de criticarme y ser mi peor enemigo. Porque el Señor está en mí, sé que puedo reconciliarme conmigo mismo. Me libero de todo lo que he tenido contra mí. Me libero de esta prisión para estar en paz conmigo mismo. Hoy, por el poder del Espíritu Santo, me perdono y me reconcilio conmigo mismo.

Señor, no quiero desperdiciar mi vida atado por la falta de perdón. Pero a veces me siento demasiado débil para perdonar. No puedo perdonar con mis propias habilidades. ¡Ayúdame con tu fuerza!

Sé que el Señor no permitirá que las relaciones difíciles en mi vida empeoren. Te pido, Señor, que sane mi ira reprimida, mi amargura y mi resentimiento.

Tomo la firme decisión de vivir reconciliado con las personas en mi vida.

Perdono a todas las personas conectadas conmigo. Los perdono por todo el negativismo y la falta de amor que, voluntaria o involuntariamente, me transmitieron en el transcurso de mi vida. Especialmente perdono a esta persona (dile a Dios su nombre) por esta situación (dile al Señor por qué). La perdono de todo corazón por cualquier tipo de abuso y engaño. La perdono ahora por no darme el amor y el respeto profundos, completos y suficientes que tan desesperadamente necesitaba. La libero y me reconcilio con ella hoy.

Sobre todo, Dios mío, ahora pido la gracia de perdonar a la persona que más me ha hecho daño en mi vida. El que es más difícil de perdonar.

Quiero perdonarla ahora, aunque todavía me siento herido y enojado.

Muéstrame, Señor, entre mis amigos, en mi familia, y en aquellos que ya han ejercido alguna autoridad sobre mí, a quienes en mi corazón todavía necesito dar mi perdón. ¡Dame esa gracia!

¡Bendice a cada una de estas personas en este día, Señor! Que se sientan especialmente libres y amados por ti en este momento. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. ¡Amén!

O s

Amantísimo Señor Jesucristo, Dios verdadero, que del seno del omnipotente Padre eterno fuiste enviado al mundo para absolver los pecados, redimir a los afligidos, poner en libertad a los cautivos, reunir a los vagabundos, conducir a los peregrinos a su patria, ten piedad de los verdaderamente arrepentidos; consolar a los oprimidos y afligidos; dígnate absolver y librarme, criatura tuya, de la aflicción y tribulación en que me encuentro, porque recibiste de Dios Padre todopoderoso el género humano para comprarlo y, hecho hombre, nos compraste prodigiosamente el paraíso con tu sangre preciosa , estableciendo una completa paz entre los ángeles y los hombres.

Por tanto, dígnate, Señor, introducir y confirmar una perfecta armonía entre mí y mis enemigos y hacer resplandecer sobre mí tu paz, tu gracia y tu misericordia, mitigando y extinguiendo todo el odio y la furia que mis enemigos tenían contra mí. a Esaú, quitando todo el aborrecimiento que tenía por su hermano Jacob.

Extiende, Señor Jesucristo, sobre mí, criatura tuya, tu brazo y tu gracia, y dígnate librarme de todos los que me odian, como libraste a Abraham de mano de los caldeos; su hijo Isaac, de la consumación del sacrificio; José, de la tiranía de sus hermanos; Noé, del diluvio universal; Lot, del fuego de Sodoma; Moisés y Abraham, vuestros siervos, y el pueblo de Israel, del poder de Faraón y de la servidumbre de Egipto; David, de manos de Saúl y del gigante Goliat; Suzana, sobre delincuencia y falso testimonio; Judith, del orgulloso e impuro Holofernes; Daniel, del foso de los leones; los tres muchachos, Sidrac, Misac y Abdenago, del horno de fuego; Jonás, del vientre de la ballena; la hija del cananeo, de la vejación del demonio; Adán, de la pena del infierno; Pedro, de las olas del mar; y Pablo, de las cárceles

de la cárcel. Oh, pues, amabilísimo Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, atiende también a mí, criatura tuya, y ven pronto en mi ayuda, por tu encarnación, por tu nacimiento, por el hambre, la sed, el frío y el calor, por el trabajo y aflicciones; escupiendo y abofeteando; por los azotes y corona de espinas; por claveles, hiel y

vinagre; por la cruel muerte que sufriste por mí; por la lanza que traspasó tu pecho; y por las siete palabras que dijiste en la cruz, en primer lugar a Dios Padre Todopoderoso: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen". Luego, al buen ladrón que fue crucificado contigo: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso". Luego al mismo Padre: "Eli, Eli, lamrna sabactáni", quien dice: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Luego a tu madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo".
Luego al discípulo: "Aquí está tu madre", mostrando que te preocupabas por tus amigos. Entonces dijiste: "Tengo sed", porque deseabas nuestra salvación y la de las almas santas que estaban en el limbo. Entonces dijiste a tu padre: "En tus manos encomiendo mi Espíritu". Y finalmente exclamaste, diciendo: "Consumado es", porque todas tus obras y penas fueron concluidas.

Te suplico pues por todas estas cosas, y por tu descenso al limbo, por tu gloriosa resurrección, por los frecuentes consuelos que diste a tus discípulos, por tu admirable ascensión, por la venida del Espíritu Santo, por el tremendo día del juicio, como también por todos los beneficios que he recibido de tu bondad. Me creaste de la nada, me redimiste, me diste tu santa fe, me fortaleciste contra las tentaciones del diablo y me prometiste la vida eterna.

Por todo esto, mi Redentor, mi Señor Jesucristo, te pido humildemente que me defiendas ahora y siempre del mal adversario y de todo peligro, para que después de esta vida merezca gozar en bienaventuranza de tu divina presencia.
Sí, Dios mío y Señor mío, ten piedad de mí, criatura miserable, todos los días de mi vida. Oh Dios de Abraham,

Dios de Isaac y Dios de Jacob, ten piedad de mí, tu criatura, y envía a tu Santo Arcángel Miguel en mi ayuda, para que me guarde y defienda de todos mis enemigos carnales y espirituales, visibles e invisibles. .

Y tú, Miguel, Santo Arcángel de Cristo, defiéndeme en la última batalla, para que no perezca en el tremendo Juicio. Arcángel de Cristo, San Miguel, te suplico, por la gracia que has merecido y por nuestro Señor Jesucristo, que me libre de todo mal y del último peligro.

en la última hora de la muerte. São Miguel, São Gabriel, São Rafael y todos los demás ángeles y arcángeles de Dios, socorred a esta miserable criatura. Os suplico humildemente que me prestéis vuestro auxilio, para que ningún enemigo pueda hacerme daño, tanto en el camino como en la casa, en el agua y en el fuego, o velando o durmiendo, o hablando o callando, tanto en la vida como en la muerte. .

Aquí está la cruz † del Señor; huid, potencias enemigas. Venció el León de la tribu de Judá, descendiente de David. ¡Aleluya!

¡Salvador del mundo, sálvame! ¡Salvador del mundo, ayúdame! Tú que por tu sangre y por tu cruz me redimiste, ¡sálvame y defiéndeme hoy y en todo tiempo! AGIOS O THEOS † (hacer la señal de la cruz) AGIOS ISCHIROS † AGIOS ATHANATOS †ELEISON IMAS. ¡Dios santo†, Dios fuerte†, Dios inmortal†, ten piedad de nosotros! ¡Cruz de Cristo †, sálvame! ¡Cruz de Cristo †, protégeme! ¡Cruz de Cristo †, defiéndeme! En el nombre del Padre †, del Hijo † y del Espíritu Santo †. Amén. (San Agustín)

tu

Alguien podría decir: "¿Se necesita una intervención de Dios para descubrir la verdad, para reconocer las fuerzas que luchan dentro de mí, para saber dónde mi corazón todavía está cerrado al amor y para descubrir qué en mi vida se vuelve contra mí? ¿Dios? Creo que, con un poco de constancia, cualquiera puede lograr buenos resultados en sus elecciones". ¡Sí! Está correcto. Pero también es cierto que es necesario distinguir entre el discernimiento natural, llamado "sentido común", y el don carismático del "discernimiento de espíritus".

Con la oración, el hombre obtiene la ayuda de Dios, que es mucho mayor que cualquier poder humano. Indudablemente, por discernimiento natural, puedo percibir mis faltas y limitaciones. Es la naturaleza humana ser capaz de distinguir entre el bien y el mal. Pero en su naturaleza azotada por el pecado, el hombre y la mujer solo pueden ver sus faltas más graves y obvias. El discernimiento, en cambio, es una mirada precisa, más fina y más penetrante de la realidad misma. Él nos revela lo que está escondido en nuestra alma hasta un punto nunca imaginado por nosotros. Él nos revela lo que en nosotros necesita ser salvado y sanado, y nos hace ver los tesoros que Dios ha puesto en nuestro corazón: el Espíritu Santo fue derramado sobre nosotros para que tú y yo podamos conocer los dones que Dios nos ha dado. (cf. 1 Cor 2,12).

Equipo original S

Si aún no sabes qué carismas te ha dado Dios, ni conoces tus propios dones, el discernimiento te ayudará en este descubrimiento. Al respecto, San León Magno decía que una persona sabe más en la medida en que comprende que, cuando se trata de cosas espirituales, aunque ya haya aprendido mucho, siempre tiene más por saber.

Hay riquezas espirituales inagotables por conquistar. Dios los puso en nosotros para que los encontremos. Sin embargo, este "descubrir" o "saber" no se limita a saber que el don existe. Más bien se trata de experimentar, poseer, saborear con el corazón lleno de gratitud.

Cuando nos lleva a discernir, el Espíritu Santo no suscita en nosotros dudas y especulaciones; por el contrario, graba en nuestro corazón verdades más firmes y exactas que todo lo que nos ha enseñado la vida o comprobado la experiencia. Nos libra del dolor de la incertidumbre, nos libra de toda la angustia causada por la confusión y nos llena de alegría. La mayor prueba de que la verdad trae felicidad es que incluso a la persona que miente no le gusta que la engañen.

¿Cuál es esta verdad que el Espíritu Santo nos lleva a descubrir? ¿Adónde nos llevarás con tu discernimiento? Concretamente, ¿por qué discernir? Discernimos para descubrir la voluntad de Dios en todo; entrar en la intimidad del Señor y conocer los dones que nos ha dado (cf. ICor 2,10-12). El Espíritu Santo nos lleva a un encuentro personal con Dios. Nos hace conocer a Jesús y experimentar la fuerza de su poder salvador.

La otra cosa que el Espíritu Santo nos da a conocer a través de sus carismas es la dirección de nuestra vida. Sólo Dios tiene el poder de revelarnos para qué estamos en este mundo (cf. Rm 8, 29-30; Ef 1, 3-14). Me causa gran admiración la cantidad de personas que se dejan llevar por las predicciones de horóscopos, adivinos, etc. Siempre están buscando a alguien que les revele el futuro; ponen su esperanza en personas limitadas cuando sólo Dios tiene el poder de iluminar su destino: "Le pido a Dios que […] les revele el

conocimiento de él, que ilumine los ojos de vuestros corazones, para que entendáis a qué herencia habéis sido llamados, cuán rica y gloriosa es la herencia que él reserva para los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros que creer» (cf. Ef 1, 17-19).

Dios ilumina nuestra vida desde su palabra. La percepción que buscamos fluye de ella. Tanto es así que toda inspiración que se tiene en la oración y en la vida debe necesariamente ser confrontada con la Sagrada Escritura para ser probada y aprobada.

Sin embargo, la oración no es como la caja de herramientas de un electricista que uno usa para arreglar cables o cambiar una bombilla. No somos nosotros los que encendemos la luz. En la oración nos encontramos con Dios. La oración ilumina porque nos une a Él. Al orar, dejo que el Espíritu Santo haga en mí lo que Jesús hizo con aquellos dos hombres en el camino cuando “les abrió la mente para entender las Escrituras” (cf. Lc 24,45).

Esto es muy importante, porque, a partir de las Escrituras, Dios da claridad a toda nuestra vida.

Cualquiera puede leer la Palabra de Dios; sin embargo, lo que revela espiritualmente no todos pueden entenderlo, a menos que el Espíritu les dé discernimiento. Sin la ayuda de Dios, el hombre no entiende ni la Biblia ni a sí mismo. Tratar de comprender los eventos y la historia espiritualmente sin el Espíritu Santo es como armar un rompecabezas en la oscuridad. Pero todo cobra sentido cuando somos iluminados por el Señor.

A

A veces sucede que nos cuesta entender una situación difícil y miramos por todas partes para saber por qué no se puede resolver. El tiempo pasa... de repente, llega el día en que, cansados de conspirar, decidimos insistir en la oración y pedir al Señor que nos muestre lo que está pasando.

En cierto momento, en un clima de fe y humildad, abrimos la Palabra de Dios; Y he aquí, durante la lectura, un pasaje salta a la vista, nos toca profundamente el corazón y nos aclara esa situación de tal manera que pensamos: “Dios mío, ¿cómo no me había dado cuenta antes de esto? ¡Es todo tan obvio! Aquí está la respuesta”.

Finalmente, la misma Palabra todavía nos hace discernir cuál es la voluntad de Dios para esa circunstancia específica. El Espíritu Santo nos hace discernir las Escrituras y, a partir de ellas, ilumina nuestra vida.

Es cierto que cuanto más penetremos en la luz de Dios, más podremos distinguir las obras oscuras de su enemigo directo. Este contacto íntimo con Dios en la oración nos hace más conscientes de las realidades sobrenaturales y nos lleva a reconocer una evidencia muy concreta: la existencia de Satanás y su incesante acción maligna sobre las personas y sobre lo que hacen.

Por eso, el Catecismo afirma respecto al diablo: "El mal no es una abstracción, sino que designa a una persona, Satanás, el maligno, un ángel que se opone a Dios. El 'diablo' (dia-bolos) es aquel que 'está en medio' del plan de Dios y de su 'obra de salvación' realizada en Cristo".

Cuanto más nos empodera el Espíritu Santo con sus dones, más y mejor seremos capaces de identificar y combatir la realidad del poder de las tinieblas. Es una verdadera lucha, y las personas que están más cerca de Dios son las que afrontan la lucha más dura: "Hijo mío, si te pones al servicio de Dios, mantente firme y prepara tu alma para la prueba" (cf. Eclo 2,1) .

No hay que tener miedo, porque esta no es una pelea en la que nos vamos a meter; por el contrario, ya estamos en él desde el nacimiento.
La diferencia es que ahora estamos aprendiendo a defendernos. La vida es una lucha y como tal está llena de desafíos, peligros y tentaciones. Sin embargo, es en las tentaciones donde se forja nuestra madurez.
Si una persona no pasa por la tentación, no podrá conocerse a sí misma. Para ser premiado, el hombre necesita ganar. Sólo ganan los que luchan, y sólo luchan los que se enfrentan al enemigo.

Los que se encogen ante la tentación rechazan su propio crecimiento. ¿Quieres crecer? Ponte en las manos del Espíritu Santo sin restricciones. Él os corregirá, os purificará y os guiará en toda sabiduría. Solo confía, y verás cómo Dios se aprovecha incluso de las tentaciones y ataques del maligno. Si permite las tentaciones, no es para arruinaros, sino para haceros más fuertes. Confía, lucha y "el

”

Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás (R m 1 6,2 0).

W j

El discernimiento necesita colocar el lugar del enemigo en nuestra fe. En este libro vamos a explicar un poco más sobre él porque el tema lo requiere, pero hay que tener claro que Satanás no tiene, para nosotros los cristianos, la misma importancia y la misma fuerza que Jesús. Nuestra fe no se mueve alrededor del maligno, es Cristo quien nos mueve y es por Él que caminamos. De hecho, creemos en Jesús. Lo que creemos del diablo es su existencia y acción perturbadora. Pero no confiamos en él, ni tenemos nada que ver con él. La Palabra de Dios lo presenta como una criatura que eligió el mal.

Alguien podría preguntar: "¿Pero de dónde viene este poder de Satanás?". Como criatura, recibió de Dios un poder para el bien. Sin embargo, corrompe y desvía este poder, usándolo para el mal y, más aún, contra Dios.

Un cardenal, en conversación con el Papa Juan Pablo II, le preguntó sobre los cristianos e incluso sacerdotes que no admitían la existencia del demonio. La respuesta fue categórica: "Quien no cree en el diablo, no cree en el Evangelio". Muchos no creen en la existencia del diablo, porque tampoco creen en Dios. No ven por qué deberían preocuparse por el enemigo, ya que, de hecho, no creen lo que dijo Jesús: "El diablo es homicida desde el principio y no permanece en la verdad, porque la verdad no está en a él. Cuando miente, habla de su propio carácter, porque es mentiroso y padre de la mentira» (cf. Jn 8, 44). Mentir consiste en decir lo falso con la intención de engañar.

Detrás de la primera desobediencia del ser humano a su creador, hay una voz seductora, opuesta a Dios, que, por envidia, hizo caer a hombres y mujeres hasta la muerte. Es la voz del tentador. Según la enseñanza de la Iglesia, primero fue un ángel bueno, creado por Dios. Porque, en verdad, el diablo y los demás demonios fueron creados por Dios naturalmente buenos; pero ellos, por sí mismos, se hicieron malos.

La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (cf. IIPd 2,4), que consiste en la libre elección de estos espíritus, que de manera radical y

rechazó irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como Dios" (Gén 3, 5). El diablo es pecador desde el principio (1 Juan 3:8).

El pecado de estos ángeles no puede ser perdonado, no porque Dios no quiera perdonarlos, sino por la dura elección que hicieron contra Dios y de la cual nunca volverán. No pueden ni quieren arrepentirse. Como explicó San Juan Damasceno, "no hay arrepentimiento para ellos después de su caída, así como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte".

La Biblia muestra la acción venenosa de aquel que Nuestro Señor llama asesino y que llegó al colmo de intentar desviar a Jesús de la misión que recibió del Padre. Pero Jesús se manifestó para destruir las obras del diablo, de las cuales la más grave, en sus consecuencias, fue la seducción mentirosa que inducía al hombre a desobedecer a Dios.

A s

Satanás no tiene poder infinito. Es sólo una criatura, poderosa porque es puro espíritu, pero que no es más que una simple criatura: sin poder para impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque el maligno se entromete en el mundo por odio a Dios, aunque su acción cause graves daños espirituales y, por consiguiente, físicos a todo hombre y a la sociedad, la divina Providencia, que es más fuerte que todo esto, actúa con fuerza y dulzura para dirigir la historia del hombre y del mundo. Por qué Dios tolera la acción del diablo es un gran misterio. Pero "sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom 8,28).

La Palabra de Dios identifica al diablo ya los demonios con varios nombres, algunos de los cuales, en cierto modo, indican lo que son y lo que hacen. Sin embargo, en sus diversas manifestaciones, siempre es el engañador. Uno de los objetivos del enemigo es ocultar su presencia y hacer que no nos demos cuenta de su acción perniciosa y opresiva sobre las personas y el mundo. Satanás quiere ser ignorado para que nadie pueda resistirlo, pero a través de la oración es descubierto y sus planes se pueden deshacer.

Aquellos que se niegan a reconocer la existencia de esta realidad a veces no se dan cuenta de que se han opuesto a las enseñanzas de las Escrituras y de la Iglesia. El Papa Pablo VI, en su discurso del 15 de noviembre de 1972, dice sobre el demonio y su dominio agresivo y opresor de las tinieblas: "Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos, pues, que este ser mezquino e inquietante existe realmente y que aún actúa con astucia traicionera; es el enemigo oculto que siembra errores y desgracias en la historia humana.

Este terrible enemigo, al que Jesús se refiere como Satanás, es el origen de la primera desgracia de la humanidad; fue el tentador pérfido y fatal del primer pecado, el pecado original (cf. Gn 3; Sb 1, 24). Por este pecado, el diablo adquirió un cierto poder sobre el hombre, del cual sólo la redención de Cristo puede librarnos.

Satanás es, desde el principio, el asesino y el padre de la mentira, como lo definió Jesús. Con sus engaños, confunde y perturba a la persona para desequilibrarla. Utiliza una astucia venenosa para complacer, seducir y dejar deslumbrado al ser humano con sus atractivos. En el momento en que muerde el anzuelo y deja de defenderse, el maligno busca dominarlo en sus pensamientos y afectos, excitando su sensibilidad a través de imaginaciones y sueños irrazonables. Dañado en cuerpo y mente, la persona desarrolla relaciones destructivas y pecaminosas. Cayendo en el error, permanece desorientado hasta en las cosas más esenciales y en sus deseos más profundos.

San León Magno advertía: "El antiguo enemigo, disfrazado de ángel de luz (II Cor 11,14), no cesa de tender por doquier las trampas de la mentira y busca por todos los medios corromper la fe de los que confían en Dios . Sabe a quién infundir el ardor de la codicia, a quién ofrecer los atractivos de la gula, a quién inflamar con desórdenes sexuales, en quién infiltrar el veneno de la envidia. Sabe a quién turbar con tristeza, a quién engañar con alegría, a quién oprimir con miedo, a quién seducir con vanidad. Observa las costumbres de todos, investiga inquietudes, escudriña sentimientos y busca formas de dañar donde ve que alguien se dedica a algo con interés. Entre los que se ha encadenado a sí mismo, tiene muchos expertos en sus artes, y usa su habilidad y su lenguaje para engañar a otros".

Por eso, el carisma del discernimiento se vuelve precioso en la vida espiritual y la oración, indispensable. No hay mejor medicina que la oración para descubrir las maniobras ocultas del diablo y obligarlo a revelarse y huir. La oración es una gran protección, un escudo, un refugio, una fuente de fortaleza. Ella es un arma valiosa para vencer los ataques del maligno, es un escudo que nos protege en todos los peligros. Es un refugio inviolable contra el poder opresor del mal, y una fuente de fortaleza que nos provee de todos los bienes.

El combate espiritual nos muestra que los ataques del infierno son duros y pesados, sin embargo, la oración es más poderosa que todas las fuerzas del mal. Las tramas de perdición son terribles, pero acaban destacando el gran amor

salvífico de Dios. Pablo afirma que esta es una garantía incuestionable: "Pero aquí hay una prueba brillante del amor de Dios para con nosotros: cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros".
(Rom 5,8).

Cuando la muerte traída por el enemigo hubo sellado nuestro destino, Dios rompió sus cadenas: "En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que nos envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por él" (1 Jn 4, 9). Cuando nos damos cuenta de la destrucción causada por el mal y el pecado, comenzamos a comprender el gran milagro que es la redención traída por Jesús.
Aquellos que se entregan a Cristo no necesitan temer al diablo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Rm 8,31).

Fue para destruir las obras del diablo que se manifestó el Hijo de Dios (cf. 1Jn 3,8). Es él quien arrebata el mundo de las garras del adversario (cf. 1 Jn 5,19). En los Evangelios, Jesús habla varias veces sobre este tema, confronta a Satanás y derrota sus fuerzas de dominación sobre las personas y el mundo. Incluso Jesús mismo presenta como prueba de su mesianismo la expulsión de los demonios: “Si por el dedo de Dios echo fuera los demonios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11,20).

O

Podemos unirnos a Jesús en su misión de desterrar todo mal, primero arrancándolo de nuestro corazón. Si en algún momento, consciente o inconscientemente, comprometemos nuestra libertad, entregándola al mal, podemos recuperarla tomando una decisión, renunciando en este momento a todo mal: Jesús,

creo que me amas y que mi vida es en juego tus manos. Por lo tanto, de todo corazón renuncio a Satanás ya todas sus seducciones y mentiras. Renuncio a cualquier y toda participación mía con las obras de las tinieblas. Renuncio a todas y cada una de las supersticiones que solo sirven para demostrar una falta de confianza en Dios. Jesús, en tu nombre me desconecto, rompo con todo lo que está en contra de la fe. Renuncio a toda forma de invocación de espíritus, magia y entrega a entidades espirituales. No admito ninguna forma de influencia espiritual en mi vida que no venga del Espíritu de Dios. Renuncio a todos los objetos supersticiosos que llevo conmigo o tengo en mi casa. (Pídele al Espíritu Santo que te revele si todavía hay algo en tu vida a lo que debes renunciar).

Jesús, Señor mío y Dios mío, yo también quiero renunciar a todo el pecado que hay en mí. Lávame, Señor, en tu sangre, y líbrame ahora de todo mal. En el nombre de Jesús, le ordeno a Satanás que me deje ahora y no me moleste más, mientras proclamo a Jesucristo, Hijo de Dios, como mi único Señor, Salvador y Libertador.

Espíritu Santo, dedo de Dios, tócame y libérame de una vez por todas. ¡Amén!

P D. F. .

El Espíritu Santo es conocido en la tradición como el "dedo de Dios". Jesús estaba seguro de que su poder sobre el diablo se debía a que el Espíritu Santo estaba y actuaba en él. En todas las luchas que Jesús enfrentó, la tentación no sólo no logró interrumpir esta presencia del Espíritu en él, sino que terminó por hacerla más evidente, consolidada y exuberante. Lucas dice que, después de la tentación, "Jesús, lleno del poder del Espíritu, volvió a Galilea" (Lc 4,14).

El enemigo es el que juega el juego contra Jesús. La primera referencia a la vida pública de Cristo es un choque frontal con el maligno en el desierto (cf. Mc 1, 12-13). Quiere alejar a Jesús de sus propósitos; quiere a cualquier precio boicotear la salvación; y, para ello, le ofrece un ministerio mentiroso y exhibicionista: "El diablo le llevó a Jerusalén, a lo más alto del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate desde aquí; porque escrito está: A sus ángeles mandó acerca de ti, que te guardaran.

y que te sostuvieran en sus manos, para que no tropieces con tu pie en piedra" (Lc 4, 9-11).

Para impedir que la gente acepte la salvación anunciada, Satanás sustrae la eficacia de la predicación, para que la gente escuche pero no crea o, creyendo, no viva de acuerdo con ella (cf. Mc 4, 14-20). Es un ladrón y un asesino.

Por eso, Jesús no habla de enemigos, sino, sobre todo, de un enemigo al que hay que estar atento: "Os mostraré a quién debéis temer: temed a aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar al infierno; sí, os digo, temed a éste" (Lc 12,5). Jesús, sin embargo, lo vence con su palabra y, también a través de ella, sana a todos los que oprimía (cf. Mt 8,16).

Los Evangelios narran que los mismos demonios confesaron la autoridad que Jesús tenía sobre ellos, a la que les era imposible resistir (cf. Mc 1, 23). El Señor da esta misma autoridad a sus discípulos: "Él les dio autoridad para expulsar los espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia" (Mt 10, 1); "He aquí os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y todo el poder de los

enemigo" (Lc 10,19). Los discípulos se alegraron al ver que hasta los demonios les obedecían en el nombre de Jesús (cf. Lc 10,18). Pero el Señor les advierte que no se alegren de tener a los demonios sujetos a ellos. Les advierte que nadie se deje engañar por la docilidad de los malos espíritus, ya que, aun expulsados, pueden volver más numerosos y terribles que antes (cf. Lc 11, 26).

Con razón dijo el Papa León Magno: "Si el demonio no ha preservado a nuestro Señor y Salvador de las trampas engañosas, ¡cuánto más se atreverá a atacar nuestra debilidad!". El enemigo no perdona a nadie. Atacó a Jesús en el desierto.
Luego lo atacó nuevamente, llevándolo al Calvario. Finalmente, cuando Cristo estaba en la cruz, Satanás hizo su último movimiento para frustrar el plan de salvación. Se valió de los que estaban allí para desafiarlo: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz" (Mt 27,40).
Se burlaban de él así porque, desde la copa del árbol, Jesús estaba destruyendo todos los principados y potestades: "Jesucristo despojó a los principados y potestades, y los expuso al escarnio, triunfando sobre ellos en la cruz". El precio de nuestra salvación fue la sangre de Cristo. Con su muerte, Jesús derrotó definitivamente al Príncipe de las Tinieblas, y por su resurrección somos llevados al Reino de su amor.

D

A algunas personas les cuesta creer en este tipo de temas por los errores que han marcado la historia. Es un hecho que en el pasado hubo muchos excesos y desequilibrios al hablar del diablo. Había gente que siempre veía al diablo donde no estaba. Todavía hubo quienes se escondieron detrás de la excusa de luchar contra él para hacer el mal y cometer injusticias contra los demás. Por lo tanto, más que nunca, este asunto requiere cautela y humildad.

Que nadie tome el silencio prudente y discreto de la Iglesia sobre esta cuestión como prueba de que la Iglesia ha renunciado a creer en la existencia del diablo o se avergüenza de hablar sobre el tema. No es nada de eso. Lo que más se necesita en este punto es buscar el equilibrio para no caer en excesos y terminar dañando la verdad. Cuando falta discernimiento, siempre se corre el riesgo de caer en uno de estos extremos: ver al diablo en todas partes o no verlo en ninguna parte.

Para la Iglesia, el discernimiento en estas materias debe ser tan fino que recomienda lo siguiente a los sacerdotes exorcistas: "En el caso de cualquier intervención considerada demoníaca, el exorcista debe, ante todo, tener la necesaria y máxima circunspección y prudencia. En primer lugar, no creas fácilmente que alguien está poseído por el demonio, ya que podría tratarse de otra enfermedad, sobre todo ps Asimismo, no creáis absolutamente que hay posesión, cuando alguno piensa que primero es especialmente tentado por el diablo, desamparado, y al final atormentado; porque uno puede ser engañado por la propia imaginación. Asimismo, para no ser engañados, tenga cuidado con los artificios y trucos que usa el diablo para engañar a la persona. Para convencer al poseedor de que no se someta al exorcismo, dice que es una enfermedad natural o que depende del médico. En todo caso, empieza por saber exactamente si aquel de quien esto se afirma está realmente atormentado por el demonio."

Ciertamente, cuando surge este tema, siempre hay quien cree en la realidad de esta batalla y en la

existencia del maligno. Piensan que la creencia en seres espirituales es solo fundamentalismo y restos de la Edad Media que rondan las mentes de los fanáticos. Este ha sido el argumento de muchos ateos.

Realmente, es difícil creer en la existencia del diablo cuando ni siquiera crees en Dios. Todavía hay quienes lo niegan por miedo. Les aterroriza la idea de espíritus caídos. Y como tiemblan de miedo, prefieren negarlo, como si Satanás fuera a dejar de existir simplemente porque no creemos en él.

W

¡Vea bien! No tenemos ninguna intención de anunciar y publicitar al enemigo de Dios. Queremos que la gente conozca y ame a Jesús. Sin embargo, el diablo es el que se cruza en el camino, el adversario que se levanta para poner barreras que nos impiden estar con el Señor. En ese caso, la ignorancia no nos ayuda.

Si no tenemos claro el tipo de mentiras con las que nos rodea y nos ata, no podremos prevenir y defendernos de sus ataques. Esta fue la alerta lanzada por el Papa Pablo VI en un documento aún bastante reciente: "Actualmente, ¿cuáles son las mayores necesidades de la Iglesia? No consideres nuestra respuesta simplista, ni siquiera supersticiosa y poco realista: una de las mayores necesidades es la defensa de ese mal, que llamamos diablo.
[…] ¿No vemos cuánto mal hay en el mundo, especialmente en lo que se refiere a la moral, es decir, contra el hombre y simultáneamente, aunque de manera diferente, contra Dios? ¿No es esto un espectáculo triste, un misterio inexplicable?

Pablo VI explica luego, basándose en la Revelación, lo que encontramos en el origen de esta terrible condición: "Encontramos el pecado, perversión de la libertad humana y causa profunda de la muerte, porque es alejamiento de Dios, fuente de la vida (cf. Rm 5, 12) y también ocasión y efecto de una intervención, en nosotros y en nuestro mundo, de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal ya no es sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Es una realidad terrible, misteriosa y aterradora".

El Santo Padre habla del maligno como una fuerza "personal", dotada de inteligencia y voluntad. Lo identifica con aquel a quien Jesús combatió y derrotó definitivamente en la Cruz, y a quien, como dice la Palabra, todavía se le permite hacer la guerra a los que creen (cf. Ap 12, 17) y tratar de seducirlos (cf. Ap. 13.7).

O

La vigilancia y el discernimiento para tener una correcta concepción del problema del mal es algo tan grave e importante que es el mismo Señor quien nos hace sentir esta necesidad. ¿Cómo no tener en cuenta que Jesús, refiriéndose tres veces al diablo como su adversario, lo califica como "Príncipe de este mundo" (cf. Jn 12,31; 14,30; 16,11)?

La amenaza de esta presencia opresiva y dañina se señala muchas veces en el Nuevo Testamento. São Paulo lo llama "el dios de este mundo" (II Cor 4,4) y nos advierte contra las luchas ocultas que los cristianos debemos librar no sólo con el diablo, sino con todas las formas en que se manifiesta: "Finalmente, hermanos, fortaleceos en el Señor por su poder soberano. Vestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra hombres de carne y hueso, sino contra principados y potestades, contra los gobernantes de este mundo tenebroso, contra las huestes espirituales del mal (esparcidas) en el aire" (Efesios 6:10-12).

Cuando la Palabra de Dios nos habla de fuerzas espirituales en el aire, nos está alertando de una presencia que nos envuelve como el aire que respiramos, y que utiliza la mentalidad de este mundo, sus modas y sus medios de comunicación para impregnar su ideas

Varios pasajes evangélicos nos dicen que no se trata de un solo demonio, sino de muchos (cf. Lc 11,21; Mc 5,9), y el principal es Satanás, que significa el adversario, el enemigo; y junto a él hay muchos otros, todos criaturas de Dios, pero caídos y condenados porque se corrompieron y se volvieron contra Dios. Estos seres forman parte de un mundo misterioso, tocado por una tragedia muy lamentable, de la cual sabemos poco.

El ser humano no es espectador de este drama, al contrario, participa del conflicto permanente entre Dios y su eterno adversario. Y puesto que las tentaciones y los peligros de apartarse del Señor son continuos, nuestras oraciones deben ser continuas. En el momento en que abandonamos las fuerzas de la oración y

Si no contamos con la gracia del Espíritu Santo, el enemigo nos vencerá.

La lucha es dura, pero su fin está cerca. La Palabra de Dios nos asegura que este sufrimiento terminará porque: "el Señor Jesús lo destruirá con el soplo de su boca y lo aniquilará con el resplandor de su venida" (II Tes 2,8) – en algunas traducciones dice "con el Espíritu de tu boca". Seguramente, esta es la obra del Espíritu Santo: convencer a los discípulos de la verdad. Los llena de una profunda confianza en la lucha, ya que les da la certeza absoluta de que Satanás ya está vencido. Pero advierte que en sus últimos momentos de agonía el enemigo trata de arrastrar consigo a cuantos puede. "Por lo tanto, regocijaos, oh cielos, y todos los que moráis en ellos.

Pero, oh tierra y mar, ¡cuidado! porque el diablo ha descendido a vosotros lleno de gran ira, sabiendo que le queda poco tiempo" (Ap 12,12).

El mal es incapaz de aceptar su propia derrota. Mientras que la victoria es claramente imposible para Satanás, él ya ha puesto su mirada en hacer el mayor daño posible a aquellos a quienes Dios ama.
Como no puede hacer nada contra Dios, descendió furiosamente, lleno de ira y desesperación, para hacer la guerra a los seres humanos, que son imagen y semejanza de los que odia.

Eso es lo que Jesús le reveló a Simón Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido que os zarandeéis como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu confianza no desfallezca; y tú, a tu vez, fortaleces a tus hermanos" (Lc 22,31-32).

Agustín explica que el hombre no come trigo sin triturarlo para hacer pan. Así, el diablo no subyuga a nadie sin antes aplastarlo a través de la tribulación. Criba y masacra a la persona para dominarla y mantenerla cautiva. Por eso, en el momento de la tribulación, debemos permanecer firmes para no ser aplastados y subyugados internamente por el mal.

TÚ

En definitiva, no nos turbemos, porque es Cristo Jesús quien intercede por nosotros. Jesús oró para que el Padre nos defendiera y protegiera de las emboscadas de Satanás: “No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del mal” (Jn 17,15). Cuando Jesús pronunció esas palabras, fue por ti y por mí por lo que estaba orando. Él oró por nosotros para que pudiéramos resistir en este tiempo cuando los ataques enloquecidos del enemigo nunca dejan de caer sin piedad sobre los hombres y sus familias.

Basta con mirar a nuestro alrededor y nos daremos cuenta de que estamos rodeados por las señales de esta batalla. Satanás hace de todo para sembrar el engaño y la confusión que llevan a las personas a dudar de la Palabra de Dios revelada en las Sagradas Escrituras y en la Iglesia.
Su objetivo es socavar nuestra fe. Le gusta obrar en el error y el desorden, y por eso despierta repulsión hacia todo lo que se organiza para el bien.

El diablo promueve la rebelión contra los que luchan por la verdad, suscita la desobediencia y la intolerancia contra las autoridades dentro de la Iglesia. Su marca es división. Dondequiera que aparece causa discordia, y no cesa de atacar al clero con sentimientos heridos, resentimientos, comparaciones, celos, desacuerdos, etc., para que no se unan en la lucha por el Reino de paz y justicia que el Señor ha prometido.

Para esclavizar a hombres y mujeres, los ataca en su vida afectiva y sexual hasta desequilibrarlos, luego los debilita a través del sentimiento de culpa. Tan pronto como engancha a una persona a una vida sexual desequilibrada, comienza a trabajar para convencerla de las “ventajas” del adulterio, el aborto, la promiscuidad, la pornografía. Envuelve al hombre oa la mujer en una maraña de pecados y hace todo lo posible por convencer a esa persona de que no hay perdón para él, que Dios no lo ama y que su única salida es quedarse como está. Su objetivo es llevar a la tristeza y la desesperación. En particular, combate a los que creen en Dios con dos armas diferentes y objetivos diferentes. Un arma es la seducción. Su

objetivo: crear angustia. El otro es el miedo. Tu objetivo: instalar el desánimo.

Este combate involucra todas las áreas de la vida humana, y no debe ser tratado con negligencia y prejuicio. El Papa Pablo VI critica a las personas que niegan la existencia del diablo por temor a ser identificados como supersticiosos, engañados por teorías obsoletas; critica a aquellas personas que se muestran fuertes, libres de prejuicios, pero que luego creen en diversas supersticiones, magias o, peor aún, abren su propia alma, la misma del bautizado, visitada tantas veces por la presencia eucarística y habitado por el Espíritu Santo - a toda clase de desorden, depravación moral, comportamiento insalubre, uso de drogas para alterar su estado de conciencia y errores de mentalidad forjados por la moda. El Papa denuncia que estas cosas acaban convirtiéndose en verdaderas "grietas por las que el mal puede penetrar fácilmente y alterar la mentalidad humana".

No quiere decir que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica. Creer esto sería un error y un mal: cuando se le acusa, el diablo se regocija en ello, declara Agustín. Es más, quiere que lo acuses, y acepta todos tus reproches si eso significa que no cumples con tus responsabilidades y confiesas tus pecados. La verdad es que quien no es consciente de sus tendencias corre el riesgo de ser seriamente influenciado por el "misterio del mal" y, más grave aún, corre el riesgo de comprometer su propia salvación.

São Paulo habló a sus amigos sobre este llamado "misterio del mal": "Que nadie los engañe de ninguna manera. Porque el misterio de la iniquidad ya está obrando". E informa que esta oscura realidad "será acompañada, gracias al poder de Satanás, de toda suerte de presagios, señales y prodigios engañosos. Usará todas las seducciones del mal con los que están perdidos, porque no han cultivado el amor a la verdad que los podría haber salvado. Por tanto, Dios les enviará un poder que los engañará y los inducirá a creer en el error. Así serán juzgados y condenados todos los que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en el mal" (cf. IIT 2,3-12).

Cuando nos damos cuenta de esta dura realidad, tenemos miedo, y es casi imposible no hacerse una pregunta: "¿Cuáles son los signos evidentes de la presencia de la acción diabólica?". ¡Vamos a ver! Tan evidentes como son los signos de la mala acción, la respuesta a esta pregunta requiere mucho cuidado. Pablo VI describe algunos de estos indicios: “Podemos admitir su siniestra actividad allí donde la negación de Dios se vuelve radical, sutil o absurda; donde el engaño resulta hipócrita, contra la evidencia de la verdad; donde el amor es anulado por un frío y cruel egoísmo; donde el nombre de Cristo se usa con odio consciente y rebelde (cf. 1 Cor 16, 22; 12, 3); donde el espíritu del Evangelio es falsificado y contradicho; donde la desesperación se manifiesta como última palabra, etc.

También hay un signo muy revelador que me hace notar el acoso del mal: cuando el corazón está angustiado. La angustia es una gran aflicción acompañada de opresión y tristeza. La Palabra de Dios deja en claro que existe un vínculo garantizado entre él y el maligno cuando dice que el diablo nos mantiene esclavizados durante toda nuestra vida por el temor a la muerte. ¿Qué nos aflige, oprime y entristece más que el miedo a morir oa perder a alguien que amamos?

Así como la paz se derrama por la presencia de Dios, la angustia nace y crece donde entra el diablo. El cristiano se angustia porque sabe que se acerca la tentación para hacerlo pecar, para inducirlo al error y apartar su corazón de la presencia de Dios. Así huye del pecado al mismo tiempo que se siente atraído por él. El corazón se debate entre un gran deseo de ceder a la tentación y la certeza de que debe luchar para escapar de ella. Pero si la persona resiste, la tentación pierde su poder sobre ella: “Resistid al diablo, y huirá lejos de vosotros” (Santiago 4:7).

¿Por qué Santiago manda resistir? Solo hay una razón: somos continuamente atacados por el tentador. Si una persona no está bajo ataque, ¿qué resistirá? Y no es Dios quien nos tienta, porque no quiere ni puede arrastrar a nadie a la perversidad (cf. St 1,13). La Palabra de Dios revela quién abrió la puerta al

maldad en la vida del hombre: “Y creó Dios al hombre para inmortalidad, y lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y los que son del diablo la gustarán” (Sab 2,23-24).

No es simplemente la muerte física. Por esto, todos pasaremos. Esta es la muerte espiritual que sucede cuando una persona pierde a Dios. Perder a Dios es perderlo todo. Es caer en algo más aterrador que la nada. Sería entonces el completo fracaso de la persona.

En su angustia, el corazón del hombre se hunde, con la sensación de que algo terrible está por sucederle. Los santos describen este sufrimiento como la impresión de aquellos que creen haber perdido a Dios para siempre y por su propia culpa.

La situación es delicada. Pero el que se entrega a Dios no teme al diablo. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (cf. Rom 8,31). No temblamos ante las amenazas del enemigo porque sabemos “que a todo el que ha sido engendrado por Dios, Dios mismo lo guarda, y el maligno no lo toca” (cf. 1Jn 5,18).

Lo que tenemos que hacer es mirar. La Escritura es muy clara al respecto: “Sed sobrios y vigilantes. Tu adversario, el diablo, anda a tu alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar. Resístanle fuertes en la fe” (IPd 5,8-9). Si la persona resiste y no quiere pecar, no hay tentación que pueda forzarla.

No

La tentación no puede entrar en el corazón ni desviar a alguien si no encuentra una situación favorable. No tiene poder para obligar, pero tiene astucia para persuadir. Por ejemplo, cuando alguien está dispuesto a hacer cualquier cosa para conquistar algo, sus sentimientos son vulnerables, por la codicia, a las sugerencias del tentador. O también, cuando una persona tiene algún miedo, el miedo le hace escuchar a los que no deben, y en su inseguridad acaba teniendo en cuenta las insinuaciones del pecado. Por tanto, la Palabra de Dios atestigua que quien obra sin dejarse guiar por la convicción, se condena a sí mismo. Porque “todo lo que no procede de convicción es pecado” (cf. Rm 14,23).

Pedro compara al enemigo con un león. Si el león está en la jaula, no tenemos nada que temer, pero aún así debemos tener cuidado, porque si nos acercamos a él, saldremos lastimados. Sin embargo, si un león se escapa, se deben tomar medidas urgentes: recoger a los niños, cerrar las puertas de la casa, encontrar un arma que nos defienda y una forma de neutralizar el peligro. La Palabra de Dios nos dice no solo que el enemigo existe, sino que anda rondando, listo para atacar. El punto es que a muchos ni siquiera les importa, porque no creen que el "león" sea real. Muchos han llegado a creer que el diablo es solo una idea, y la gente no le teme a las ideas.

Cuando Pedro nos ordena que vigilemos, en realidad nos está asegurando que el adversario es muy peligroso y mortal. Constituye una tremenda falta de discernimiento no identificar en él y en su obra infernal la causa original de los disturbios, malestares, odios, miedos, aflicciones, violencias y angustias que oprimen a cada persona ya toda la sociedad. Hay una definición de “acoso” que puede ayudarnos a entender lo que está pasando: “el acoso es como un brazo suave que te envuelve y luego te asfixia”. El tentador llega blando, llega blando, pero una vez que domina, estrangula hasta sofocar el último vestigio de vida.

En el siglo V vivía un hombre muy práctico llamado Cesáreo. En uno de sus discursos como obispo de Arles dijo: "El diablo está atado, como un perro en una cadena. No hay manera de morder a nadie excepto al que, desafiando el peligro, se acerca mucho a él. Puede ladrar, puede pedir, pero no puede morder a menos que alguien lo quiera. En resumen, no es forzando, sino persuadiendo, que hace el mal; no extrae nuestro consentimiento, sólo lo pide". La atracción que ejerce sobre los seres humanos es impresionante, pero especialmente sobre algunas personas.

Tengo ante mis ojos en este momento un artículo publicado por la Agencia Zenit, titulado: "Es posible salir del satanismo y evitarlo". El artículo es una advertencia contra el ocultismo y muestra cómo, en los últimos tiempos, los hombres se han interesado por el espiritualismo satánico. Incluso entre los cristianos, encontramos a muchos que se permitieron involucrarse en prácticas abiertamente condenadas por la Sagrada Escritura: "No sea hallado entre vosotros nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni nadie que practique adivinación, astrología, presagios, hechicería, magia, espiritismo, adivinación o invocación de muertos, porque el Señor tu Dios aborrece a los que se entregan a estas prácticas" (Dt 18,10-12).

Un gran número de personas han guiado supersticiosamente sus vidas; basta con mirar el uso de adivinos, astrólogos, la cantidad de periódicos y revistas, en Brasil y en todo el mundo, que constantemente publican horóscopos. La superstición crece a medida que disminuye la confianza en Dios.

En el extremo más extremo de todo esto está el satanismo, con sus propuestas de manipulación de lo sobrenatural y las llamadas "masas negras". ¿Eso no nos dice nada? ¿Esta declarada coexistencia con fuerzas malévolas no es una señal evidente para nosotros? Los cristianos necesitan despertar a la realidad. Abrid los ojos y ved que hay una guerra espiritual en la que se disputa el corazón humano.

Este "enemigo espiritual" que se nos opone constantemente no se reduce a las dificultades y obstáculos normales de la vida, sino a algo más aterrador de lo que Pablo dice que no es "carne y sangre", no es cosa humana. Una realidad que no es inmediatamente evidente, pero que debe hacer que los hombres y

mujeres de todos los tiempos a repensar el camino que están recorriendo. Por eso, aconseja: “Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en los días malos y permanecer firmes en el cumplimiento de vuestro deber”. Es imposible creer en las Escrituras y no tomar estas palabras en serio. Estas son palabras demasiado fuertes para expresar solo la opinión personal de Pablo. Revelan la convicción de fe de los primeros cristianos.

El padre Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, plantea una interesante pregunta en su libro O Canto do Espírito: “¿Por qué, hoy, a tantos intelectuales, incluso entre los teólogos, les resulta imposible creer en la existencia del diablo como un ente que es no sólo diabólica, sino también real y personal? A esta pregunta, él mismo da una respuesta: “Creo que una de las principales razones es ésta: se busca al diablo en los libros, mientras que al diablo no le interesan los libros, sino las almas, y no se le encontrará atendiendo. los institutos universitarios, las bibliotecas y las academias, sino precisamente las almas, especialmente ciertas almas”.

La mayor señal de la existencia de esta criatura está en la guerra que libra contra los hombres y mujeres de bien. No es ahondando en casos de posesión, comercio con lo oculto, ritos supersticiosos y otras circunstancias similares (donde se confunde la manifestación del maligno con la perversión del ser humano) que se tendrá o no claridad de su presencia. Aquellos que buscan evidencia allí están buscando en el lugar equivocado. Las vidas de quienes luchan contra el mal por amor a Dios denuncian la existencia del mal mucho más que cualquier situación de posesión diabólica. Es en la vida de los santos que se obtiene tal evidencia.

No faltan los planteamientos de los estudiosos sobre el tema del mal. Muchos de ellos, ateos, niegan estas realidades espirituales. Obviamente, ¿cómo puede alguien creer en la existencia del diablo si ni siquiera cree en la existencia de Dios? ¿Qué puede saber alguien del maligno que nunca ha podido enfrentarlo en la fe, sino que solo ha sacado conclusiones de representaciones groseras y equivocadas sobre él; ¿O te contentabas con trabajar en base a las opiniones de otras personas?

No es de extrañar que alguien que se declara ateo confiese que no cree en la existencia del diablo. Es extraño que personas que dicen ser cristianas escuchen este tipo de discurso.

Ciertamente, no se cuestiona la importancia de los estudios, ni los innumerables beneficios que trae la ciencia, especialmente la psicología. La cuestión es que la psicología busca explicar el mal a partir de la historia de vida de cada uno. La fe y la revelación tienen otro giro hacia una raíz aún más profunda y anterior. La fe quiere iluminar la motivación más profunda, la inspiración, el soplo que impulsa a la persona.

Es cierto que, muchas veces, el ser humano actúa a partir de una herida, pero ¿cuál es el espíritu que lo impulsa a actuar así? Porque el demonio también sabe meter el dedo y pinchar la herida. Acampa sobre las heridas psicológicas del pasado que aún no cicatrizan o sobre las debilidades del temperamento de la persona, aprovechándose de ellas y apoyándose en ellas.

Por ejemplo, sería difícil convencer a una persona de que se suicide, pero no tanto si está presionada por sus heridas internas, si está aplastada, peleada, sin esperanza. Así, afectada en sus estructuras, la persona estaría sujeta a ser dominada por otra "inteligencia".

Pero si es el Espíritu Santo quien nos toca, sucede exactamente lo contrario: "Por eso no nos damos por vencidos. Aunque nuestro hombre exterior se desmorone por fuera, nuestro ser interior se renueva de día en día" (II Cor 4,16).

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que estos seres espirituales malignos son ángeles caídos. Fueron creados buenos por Dios, pero se hicieron malos por sí mismos. La existencia de seres espirituales, incorpóreos, que la Sagrada Escritura llama ángeles, es una verdad de fe.

Lo que la Biblia revela al respecto es tan claro como unánime es el pensamiento de la Tradición. Como criaturas puramente espirituales, estos seres poseen inteligencia y voluntad: son criaturas personales e inmortales (cf. Lc 20,36). Sobresalen en perfección a todas las criaturas visibles. Lo sabemos por lo que dice la Escritura sobre el "resplandor de su gloria" (cf. Dn 10,9-12).

Estamos en medio de una batalla que no solo se está dando a nivel humano. No luchamos contra simples hombres de carne y hueso. Constantemente nos enfrentamos a estos enemigos invisibles e impertinentes que no nos dan la paz en medio de una lucha incesante.

A

Decir que todo mal se reduce al diablo es un error. Esto es lo que decía San Agustín: “No culpéis al diablo de todo lo que sale mal. Muchas veces el hombre es su propio demonio”. El combate espiritual es también una lucha del espíritu contra las tendencias corruptas de la carne (cf. Rm 8, 5-13); así como la resistencia al “espíritu del mundo” (cf. 1 Cor 2,12).

Así que ya ven: la carne es el enemigo que lucha dentro de nosotros; el espíritu mundano es el enemigo que pelea a nuestro alrededor; y el diablo es el enemigo por encima de nosotros. Cuando San Bernardo se dio cuenta de esto, comenzó a decir: “¿Quiénes somos o cuál es nuestra fuerza para resistir tantas tentaciones? Esto fue ciertamente lo que Dios quiso: que nosotros, viendo nuestra insuficiencia y falta de ayuda, recurriéramos humildemente a su misericordia”.

Cuando rezamos en el Padre Nuestro “líbranos del mal”, estamos pidiendo a Dios que nos libre del “mal” y del “mal” al mismo tiempo. Y la Escritura nos asegura que el “Señor Jesús lo destruirá con el aliento de su boca y lo destruirá con el resplandor de su venida” (IITs 2,4-8). Algunas traducciones afirman: "El Señor Jesús lo destruirá con el Espíritu de su boca". Es por el Espíritu Santo que Jesús nos libra de toda opresión.

¿Cómo deshacerse de una persona traviesa? Evitándola. ¿Cómo podemos deshacernos de las fuerzas espirituales malignas? Orando contra ellos. Nuestras oraciones son como flechas que mantienen a raya al enemigo. Aunque nuestros problemas y nuestras luchas sean los más comunes y comunes, necesitamos aprender a enfrentarlos de Dios y con fuerza divina. Esto es lo que el Espíritu Santo nos revela: “Porque aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne. Las armas con las que luchamos no son carnales. Son poderosos, en Dios, capaces de demoler fortificaciones” (II Cor 10,3-4).

No debemos huir de la lucha. Es estúpido darle la espalda a un enemigo que no puede esperar para apuñalarte. Más bien, debemos pedirle al Espíritu que haga con nosotros lo mismo que hizo con Jesús cuando el

lo condujo al desierto, para enfrentar y vencer al tentador que lo acechaba (cf. Mt 4,1). Guiado por el Espíritu, Jesús se liberó del maligno, y ahora también puede liberarnos a nosotros del poder de Satanás. El Espíritu Santo que guió a Jesús en la lucha y le hizo vencer al Enemigo es el mismo que ahora está de nuestro lado; dispuestos, como dice el salmo, a «adiestrar nuestras manos para la batalla y nuestros dedos para la guerra» (cf. Sal 143, 1).

El medio más seguro y más necesario para obtener la victoria en esta lucha es volverse inmediatamente a Dios con humildad y confianza. Debemos revestirnos del Espíritu y confiar: Dios vendrá en nuestra ayuda. Si clamamos: "Apresúrate, oh Dios, a librarme; pronto, Señor, ven en mi ayuda" (Sal 69,2), dice San Alfonso de Ligório, esta oración será suficiente para hacernos vencer los ataques de todos los demonios del infierno, porque Dios es infinitamente más fuerte que todos ellos .

El Señor nos ha dado autoridad para expulsar todo mal (cf. Mc 16,17). Pero para expulsarlo, es necesario descubrirlo primero. No creas que es tan fácil, porque el enemigo es astuto para camuflarse y cambiar su apariencia para que no lo identifiquemos; y esto no es sorprendente. La Palabra de Dios atestigua que él es capaz de transformarse en ángel de luz (cf. II Cor 11, 14).

Incluso puede ser rápido y hábil, pero es el Espíritu Santo quien actúa en el discernimiento espiritual. No lo dudes: el regalo de Dios es más fuerte que él. Los primeros sacerdotes ya habían comprobado que el demonio siempre pierde su poder en presencia del Espíritu Santo. Con el don del discernimiento, el hombre obtiene la asistencia divina, ante la cual se desenmascara al enemigo y se desmantela su obra.

D D

La palabra “discernir” proviene del griego (diacrisis), y significa la capacidad de distinguir, juzgar con precisión, establecer una diferencia conveniente entre situaciones, cosas o personas. Pablo está convencido de la importancia y necesidad del “discernimiento de espíritus” (cf. 1 Cor 12,10) en la edificación de la Iglesia.

Como carisma del Espíritu Santo, el discernimiento no se limita a un juicio basado en nuestra experiencia de vida, sabiduría humana y bagaje de estudio; tampoco es una opinión formada a partir de nuestra competencia para observar y evaluar situaciones y motivos, ni es el resultado de nuestra intuición natural sobre las ideas y actitudes de otras personas. De hecho, es la gracia de Dios, es un don sobrenatural que el Espíritu Santo nos confiere en un momento y circunstancia determinados, permitiéndonos evaluar y distinguir qué espíritu está obrando en una determinada persona o lugar: si es el Espíritu de Dios o la de tu enemigo. A través de ella, no juzgamos a las personas, sino que distinguimos si lo que se manifiesta en ellas proviene o no de Dios.

Según el proemio del Ritual romano de los exorcismos, “los ángeles están presentes a lo largo de la historia de la salvación: unos ejecutando el plan de Dios y prestando continuamente a la Iglesia una ayuda celestial y poderosa; otros, caídos, llamados demonios, que, oponiéndose a Dios, a su voluntad de salvación y al cumplimiento de la obra de Cristo, tratan de asociar al hombre a su propia rebelión contra Dios”. Por tanto, la Iglesia da por sentado que tanto los buenos espíritus (Dios y los ángeles) como los malos espíritus (los demonios) actúan en el mundo espiritual, y es el discernimiento el que nos despierta a ello. Es revelación, es iluminación interior que nos muestra lo que está provocando la manifestación de ciertos acontecimientos que la razón humana no puede comprender por sí misma. Va más allá de todos y cada uno de los juicios sobre las personas y su comportamiento para llegar precisamente a la raíz, la inspiración que las motiva, y descubrir el espíritu que mueve a ese individuo o esa situación.

No se detiene en las apariencias, sino que alcanza, en su totalidad, la causa y la causa de estas manifestaciones.

Nunca hay demasiada prudencia en asuntos de discernimiento espiritual. Se debe tener cuidado para que nadie se equivoque, huyendo de responsabilidades y culpando al maligno de sus errores y pecados. Cada persona es responsable de sus elecciones, necesita tomar en serio su propia conversión y destruir toda raíz de pecado en su vida. Ninguna tentación puede, por sí misma, llevar a una persona a cometer un pecado sin que esa misma persona también lo desee. El diablo sólo puede hacer algo contra nosotros cuando le damos nuestra libertad y nos adherimos a sus insinuaciones; es decir, cuando consentimos en pecar.

Otro cuidado importante es evitar confusiones, ya que siempre existe el riesgo de comenzar a ver al enemigo incluso donde no está y atribuirle cada situación mala y extraña que sucede.
Sabemos que donde está Dios, el maligno no puede entrar. Aquí tenemos una preciosa aportación de San León Magno: "Quien quiera saber si Dios mora en él, escudriñe en un examen sincero el fondo de su corazón y vea con atención con qué humildad resiste a la soberbia, con qué benevolencia se opone a la envidia, en qué medida no se deja atrapar por palabras halagadoras y se regocija en el bien de los demás; mira si no quieres pagar mal por mal y si prefieres dejar impunes las injurias antes que perder la imagen y semejanza de tu Creador". El discernimiento nos hace examinar nuestra conciencia, poner los pies en la tierra y llamar a la responsabilidad por nosotros mismos. En suma, nos hace sobrios (cf. IPd 5,8).

Sobrio es el hombre moderado, poseedor de temperamento, que controla sus propios impulsos y tiene una visión correcta de sí mismo y de la vida. Es alguien que no ignora la existencia y acción del mal, pero tampoco señala como obra satánica lo que es una fatalidad, un accidente o algo que no es más que una enfermedad (aunque los médicos sean incapaces de descubrir su origen). causa).

Para que los cristianos no fueran presa fácil de toda clase de errores y confusiones, san Juan les advertía: "No creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios" (1 Jn 4,1). Quien se deja guiar por el Señor, no debe creer inmediatamente en toda inspiración que se le presente. Más bien, debe probarlos para ver si las cosas que parecen buenas realmente vienen de Dios, o si

las que a primera vista parecen malas en realidad brotan del diablo.

Desafortunadamente, todavía hay muchas personas religiosas que imaginan a Satanás como una serpiente, un dragón o incluso como un monstruo “mitad hombre, mitad animal”, con cuernos en la cabeza y una cola con punta de flecha. Los carismas del Espíritu Santo nos ayudan a ir más allá de las fantasías que nos han inculcado las pinturas, los libros, las películas, para darnos cuenta de que Satanás no es una persona como Jesús. Satanás no se encarnó como lo hizo el Hijo de Dios, y por lo tanto no tiene un cuerpo material, ni siquiera un cuerpo espantoso con el cual perseguir a la gente. No es una persona en el sentido que solemos entender, como tú y como yo. Pero es un ser espiritual, es un “poder personal” con inteligencia y voluntad propia que tiene un fin muy claro, que persigue continuamente ya toda costa. Su objetivo es romper la amistad entre nosotros y Dios y destruir a las personas en su relación mutua. Quiere frustrar el amor e inyectar desesperación.

CD

Heribert Muhlen, al explicar cómo actúa el Espíritu Santo en la vida de cada persona humana, afirmó: “el Espíritu Santo no habla 'directamente' o 'a través de un hombre', sino que se expresa 'en' y 'a través de' la inteligencia, de la voluntad y del sentimiento del hombre. Esto significa que cuando el Espíritu Santo nos habla, no es como una voz externa. No oiremos tu discurso haciendo eco en el espacio como un trueno. Tampoco va a usar el cuerpo de alguien como micrófono. Más bien, habla en el mío y en tu corazón, habla en ya través de tu mente; toca suavemente tu voluntad y tus sentimientos, sin forzar, sin constreñir. Lo hace porque, siendo Dios, es espíritu, y así es como un espíritu obra en nosotros.

A

Pero la Palabra de Dios nos revela que el maligno también es espíritu. Por lo tanto, esta es la única manera que encuentra para actuar también sobre el hombre. Cuando actúa en nuestro mundo, necesita a alguien o algo que pueda influir en él para llevar a cabo su obra de destrucción. Luego busca seducir y dominar a la persona en su mente y sentidos para actuar a través de ella. Con este objetivo crea su red de ilusiones. Incluso entra en el campo religioso. Actúa e influye de manera peculiar a través de la superstición, que es el pecado contra la fe. La persona deja de confiar en Dios para poner su esperanza en algo que él mismo diseñó (ídolos). Uno no puede confiar simultáneamente en Dios y en el poder de las tinieblas. Ni estar, al mismo tiempo, en la luz y en lo oculto. Es el mismo Jesús quien determina: “no se puede servir a dos señores”. Es indispensable pedir perdón a Dios por este pecado y renunciar a toda superstición para abrir las puertas al Espíritu Santo.

La superstición es un sentimiento religioso basado en el miedo o la ignorancia y que generalmente lleva a la persona al error, al cumplimiento de falsos deberes, a confiar en cosas ineficaces. Suele nacer de prejuicios o creencias y conduce fatalmente a una falsa experiencia de fe (cf. Gal 4,8; Col 2,18).
A menudo se expresa a través de prácticas espirituales que pretenden manipular lo sobrenatural sin Dios e incluso contra Dios. São Paulo aclara que hay doctrinas religiosas que incluso se vuelven diabólicas: “Las cosas que sacrifican los paganos, las sacrifican a los demonios y no a Dios. Y no quiero que tengáis compañerismo con demonios” (1 Cor 10,20). Todo lo demoníaco está orientado al engaño y destrucción del hombre.

j

Jesús nos dio un valioso criterio de discernimiento cuando afirmó que Satanás “es el padre de la mentira y homicida desde el principio” (cf. Jn 8,44). Es homicida porque, dondequiera que se manifieste, crea y alimenta una cultura de la muerte. A través de sus mentiras, lleva a los hombres a creer que es posible construir una nueva sociedad basada en la opresión, la mentira y el asesinato. Presenta como alternativa viable la destrucción de los débiles e indefensos para lograr una sociedad más fuerte y consolidada. Intenta por todos los medios influir en el mundo político para que se aleje lo más posible de la justicia, la verdad y la defensa de la vida.

Satanás se especializa en falsificar la verdad. Siempre tiene bajo la manga una imitación pervertida de las cosas de Dios (cf. Mt 13, 25; 39). Por ejemplo, Jesús promete asistencia a sus seguidores, asegurándoles que el Espíritu Santo les “enseñará” y les “recordará” todas las cosas (cf. Jn 14,26). El maligno también ofrece asistencia que “enseña y recuerda”. Se propone instruir en todo a los que ha seducido, ofreciéndoles una visión distorsionada de la verdad, una visión diabólica de los hechos. Es algo que impregna tan densamente la mentalidad del mundo que crea incluso una especie de atmósfera adormecedora capaz de anestesiar las conciencias.

Una conciencia adormecida es incapaz de juzgar correctamente. Tiene dificultad para percibir el bien, el mal y todo le parece normal. En general, suele seguir la opinión de la mayoría. São Paulo nos ordena resistir esta tendencia, no entrar en la “forma” de este mundo. No es correcto dejar que otros piensen y decidan por nosotros. Por el contrario, el hombre de fe necesita aprender a pensar ya juzgar de manera siempre nueva, madura y responsable (cf. Rm 12, 2).

Es C

En el discernimiento, no investigamos el mal; más bien, estamos en busca de la voluntad de Dios. Llenos de coraje, seguimos adelante. Sabemos que el Espíritu Santo nos guía. Sabemos que la vida en la fe es una elección entre dos reinos y que nuestra lucha es ante todo espiritual. Pero una certeza nos sostiene: Jesús ha vencido todos estos poderes de la muerte. No tenemos miedo porque somos de Dios. Y en todas estas cosas somos más que vencedores, porque mucho mayor y más poderoso es el que está en nosotros que el que está en el mundo (cf. 1Jn 4,4). Satanás ha sido derrocado. El que acusó a nuestros hermanos día y noche antes de que nuestro Dios fuera derrotado. Los cristianos lo vencieron gracias a la sangre de Jesús (cf. Ap 12, 10-11).
Jesús, que se liberó del maligno en el desierto, ahora puede arrebatarnos de sus garras. Expulsa el mal derramando el bien: “Anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo” (cf. Hch 10, 38).

Cuando un hombre se encomienda totalmente en las manos de Dios y se dedica a la salvación de los demás, cuando confía en el Señor aun en la violencia de las tribulaciones, Dios lo colma del poder liberador de Jesús, y el enemigo nada puede hacer contra él. A él.

El mayor exorcismo contra el demonio es la oración, porque nos une con Dios. Perseverar en la oración es comprometerse en la lucha entre el bien y el mal. Dios, en ningún momento, quiere que el mal nos alcance. Al contrario, siempre quiere deshacerse de él. Si tomas la decisión de permanecer firme en Dios, debes saber que se eleva al cielo como una súplica pidiendo al Señor discernimiento y fortaleza.

El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba y la tentación. Él abre nuestros ojos para distinguir las luchas, las dificultades y las pruebas necesarias para nuestro crecimiento, de las tentaciones cuyo único propósito es llevarnos al pecado ya la muerte. El Espíritu Santo también nos muestra que ser tentado es muy diferente a consentir el mal. El don de discernimiento expone la mentira de la tentación. Aclara que, detrás de su bella apariencia (cf. Gn 3,6), todo pecado esconde un veneno mortal.

No ceder al maligno requiere una decisión del corazón. Jesús se liberó del demonio, decidiendo poner su libertad en manos del Padre. Y como nadie puede servir a dos señores, la Palabra de Dios nos pregunta: ¿a quién le das tu libertad? ¿A quién quieres servir? (cf. Jos 24:15). En el momento en que eliges a Dios, el Espíritu Santo se convierte en tu fuerza y no permite que seas tentado más allá de tu capacidad. Al contrario, en cuanto aparece la tentación, Dios le da pronto los medios para librarse de ella y la fuerza para soportarla (cf. 1 Cor 10, 13). Cuando nos entregamos a Dios, el Señor nos da la fuerza de su Espíritu para que podamos resistir y vencer. Pero nada de esto es posible si no es por la oración.

Fue por su oración que Jesús venció a Satanás. En la lucha contra los malos espíritus, el Señor recomienda dos cosas: el ayuno y la oración. La oración es tan importante que él mismo pide al Padre que nos guarde del mal (cf. Jn 17,15), y enseña que al orar también debemos decir: "líbranos del mal". Jesús ora por cada uno de nosotros personalmente, pero quiere que oremos también por la liberación de nuestras familias y de todas las personas.

Cuando oramos pidiendo al Padre que nos libre del mal, no le estamos pidiendo que nos libre de algo sin fundamento, una fantasía de nuestra mente o algo por el estilo. El mal del que pedimos ser librados indica verdaderamente a una persona, Satanás, el maligno, el ángel que se opone a Dios, y que tiene, en cierto modo, poder sobre el mundo entero (cf. 1Jn 5,18-19). ; es aquel a quien el Apocalipsis llama "el seductor de toda la tierra habitada" (Ap 12,9).

Por él entró el pecado en el mundo y es por su derrota definitiva que todo hombre, toda mujer y toda la creación serán librados de la corrupción del pecado y de la muerte.

Y

La victoria sobre el “príncipe de este mundo” se logró de una vez por todas, en la hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su vida. San Ambrosio anunciaba lleno de alegría: “El Señor, que quitó vuestro pecado y perdonó vuestras faltas, tiene poder para protegeros y guardaros de las asechanzas del diablo que os combate, para que el enemigo, acostumbrado a tramar culpas, , no se sorprenda. Los que se entregan a Dios no temen al diablo. Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”.

Al pedirle a Dios que nos libere del maligno, también estamos pidiendo que seamos libres de todos los males presentes, pasados y futuros, de los cuales Satanás es la causa. Y créanme: Dios siempre escucha esta oración.

Todo el que clama por liberación invoca al mismo tiempo la presencia del libertador. Decir "líbranos del mal" es lo mismo que gritar "ven, Señor Jesús". En su primera venida, Jesús derrotó a Satanás; en el segundo, nos librará del mal para siempre.

La victoria de Jesús destruyó (cf. 1 Jn 3, 8) las obras de todos los espíritus inmundos y seductores (cf. Mt 10, 1; Mc 5, 8; Lc 6, 18; 11, 26; At 8, 7; ITm 4, 1). ; Ap 18.2). Aunque una durísima lucha contra las fuerzas de las tinieblas atraviesa toda la historia humana y durará hasta el último día, Jesús, a través de su misterio pascual de muerte y resurrección, nos rescató de la esclavitud del diablo y del pecado, destruyendo su poder. .y liberando todas las cosas de la mala influencia. El Diablo y los demonios nunca dejan de trabajar para dañar y atentar contra el ser humano, y todo lo que hacen afecta a personas, cosas y lugares, manifestándose de diferentes maneras. Los cristianos llenos del Espíritu Santo, sabiendo que los días son malos (cf. Ef 5,16), siempre han orado y orado para que los hombres sean librados de las asechanzas del demonio.

I

Los cristianos no solo tienen el derecho, sino también el deber de orar por liberación para ellos mismos y para los demás. La Iglesia, siguiendo el ejemplo y el mandato de Jesús, desde los primeros tiempos, oró en favor de los fieles, para protegerlos contra la influencia del maligno y rescatarlos de la tiranía del mal (cf. Hipólito de Roma , Tradición Apostólica, 42). Una vez, Juan se acercó a Jesús y le dijo: "Maestro, vimos a alguien que no nos sigue echando fuera demonios en tu nombre, y se lo prohibimos". Jesús, sin embargo, le dijo: “No se lo prohibáis, porque no hay quien haga maravillas en mi nombre y luego pueda hablar mal de mí. Porque quien no es contra nosotros, es por nosotros” (cf. Mc 9, 38-40).

La oración de liberación es importante y necesaria. Podemos y debemos orar por nosotros mismos y por los demás con valentía y confianza, porque Jesús es nuestro libertador. Nadie debe ser impedido de interceder por los oprimidos. Hay, sin embargo, algunos casos que requieren un verdadero exorcismo. Y tratándose de exorcismos, corresponde al obispo designar un sacerdote para realizarlos, dice el Catecismo en el número 1673: “Cuando la Iglesia pida pública y autoritariamente, en el nombre de Jesucristo, que una persona u objeto ser protegido contra la acción del maligno y sustraído de su dominio, hablamos de exorcismo. Jesús lo practicó y es de él que la Iglesia obtiene el poder y la responsabilidad de exorcizar. De forma sencilla, el exorcismo se realiza en la celebración del Bautismo. El exorcismo solemne, llamado 'gran exorcismo', solo puede ser realizado por un presbítero (sacerdote) y con el permiso del obispo. Debe hacerse con prudencia, observando estrictamente las normas establecidas por la Iglesia. El exorcismo tiene el propósito de expulsar demonios o liberar del poder diabólico, y esto en virtud de la autoridad espiritual que Jesús confió a su Iglesia. Muy diferente es el caso de las enfermedades, especialmente las psíquicas, cuyo tratamiento depende de la ciencia médica. Por eso, antes de proceder a un exorcismo, es importante asegurarse de que se trata de una presencia diabólica y no de una enfermedad”.

Los casos de posesión en los que es necesario el exorcismo son raros, ya que es lo último en lo que pensar después de agotar todas las demás posibilidades. La posesión puede ocurrir en los casos en que la persona entregó conscientemente su voluntad a Satanás, haciendo un pacto con él y entregando su propia alma. Es una atadura tan fuerte que la persona pierde su propia voluntad, quedando totalmente incapaz de liberarse. Necesita, por tanto, una intervención externa y eficaz a través de un exorcismo. El exorcismo formal o litúrgico lo realiza el obispo, o un sacerdote designado por él.

Puede ser que la necesidad del exorcismo se descubra en el curso de una oración de liberación, cuando quienes oran por la persona oprimida toman conciencia de la gravedad de lo que le está sucediendo. Luego deben buscar inmediatamente al obispo, o recurrir a un sacerdote que le lleve el caso.

Hay personas que están fascinadas con el don de orar por liberación. A veces están tan ansiosos por reclamar el poder sobre el mal que no comprenden cuánto requiere este servicio un compromiso y una gran caridad.

Hay quienes creen que orar por la liberación es empezar a gritar cosas "en el nombre de Jesús", discutiendo con el "demonio" supuestamente presente en esa persona y despotricando contra él, haciendo un verdadero espectáculo del momento. La Iglesia no fomenta este tipo de comportamiento. Al contrario, insta a que este tipo de oración se haga con discreción, que manifieste la fe de la Iglesia y que no parezca algo mágico o supersticioso.

La forma más segura y segura de hacer el combate espiritual no es hablar con el diablo ni darle órdenes, sino hablar con Dios. Contra el espíritu maligno, Jesús nos pide que oremos y seamos sobrios. Recomienda recurrir a Dios y mortificar los impulsos de la carne (cf. Mc 9,28), porque es a través de la oración que se vence el mal.

S Y S

Toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para formar a las personas, llevándolas a hacer todo recta y justamente (cf. 2 Tm 3,16). Por tanto, si hay una excelente manera de echar fuera al maligno, es la Palabra de Dios que nos enseñará cuál es. La Sagrada Escritura recuerda que tan pronto como Jesús fue bautizado, partió para Cafarnaúm.
Al llegar allí, entró en una sinagoga donde había un hombre endemoniado (cf. Mc 1, 24; Lc 4, 34). El hombre frecuentaba ese lugar sagrado y, a pesar de vivir allí con tanta gente, nadie se había dado cuenta de que estaba poseído por un espíritu inmundo. Tan pronto como Jesús, lleno del Espíritu Santo, entra en ese lugar, el diablo se manifiesta y comienza a gritar: "¡Déjanos en paz! ¿Qué tenemos contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres: ¡el Santo de Dios!".

La presencia del Espíritu Santo es insoportable para el espíritu maligno. Ante un hombre o una mujer que ha sido contagiado por la santidad de Dios, el Enemigo se ve obligado a revelarse. Así, el Espíritu Santo quiere hacer de cada cristiano un exorcismo viviente.

Por lo tanto, no hay palabras para describir el inmenso poder salvador presente en la gracia que llamamos "bautismo en el Espíritu Santo" o "efusión del Espíritu Santo". Cada "Seminario de Vida en el Espíritu" realizado con fe, unción y celo, se convierte en un milagro de liberación, sanación y salvación para quien lo experimenta.

En la Eucaristía, Jesús nos da esta efusión de su Espíritu Santo. San Jerónimo explicó que el Señor nos concede todo lo que le pedimos en la Santa Misa. E insistió en que "lo más importante es que nos dé lo que ni siquiera nos hemos planteado pedirle y que, sin embargo, necesitamos".

La Iglesia enseña que todo cristiano sufrirá tentaciones mientras esté en el mundo y, por tanto, debe velar por la oración y la vida sobria, porque el tentador no cesa de buscar a quien perjudicar. Todo creyente, por tanto, debe resistir al diablo con fe firme, fortalecido "en el Señor y en su poder soberano" (cf. Ef 6,10) y

sostenida por la Iglesia que ora para que sus hijos estén libres de toda perturbación. Por la gracia de los sacramentos, sobre todo, haciendo uso frecuente del sacramento de la confesión, el hombre y la mujer adquieren la fuerza de ser completamente libres (cf. Rm 8, 21).

Si colaboramos con la gracia de Dios a través de la oración, la pureza, la recepción de los sacramentos y rompiendo siempre con el pecado, Dios nos llenará de su Espíritu de tal manera que, sin necesidad de gritos y muchas palabras, seremos una presencia verdadera y poderosa. de liberación, y la unción de Dios en nosotros echará fuera demonios tal como lo hizo a través de Jesús. La Sagrada Escritura nos asegura: el maligno no puede soportar a una persona llena del Espíritu Santo, necesita huir de él.

El Evangelio nos revela que todo aquel que, por el Espíritu Santo, está lleno de fe y actúa en el nombre de Jesús, estará siempre acompañado por el poder liberador de Dios: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado. Estos milagros acompañarán a los que crean: expulsarán demonios en mi nombre; [...]; sobre los enfermos pondrán las manos y sanarán» (cf. Mc 16, 15-18).

La oración de liberación nunca debe estar aislada del Anuncio de Salvación. Su lugar está junto a la predicación del Evangelio realizada en el nombre de Jesús por hombres y mujeres ungidos por el Señor con su Espíritu Santo. No se trata sólo de echar fuera demonios, sino de hacer el mayor bien que podamos a todos, es decir, cooperar para que sean afectados por la salvación de Dios. Jesús no solo envió a los apóstoles sino también a los discípulos a predicar y expulsar los malos espíritus. Y san Lucas cuenta que volvieron con alegría, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre" (cf. Lc 10, 17).

Sin embargo, el enemigo ya derrotado por Jesús, como una bestia agonizante, trata por todos los medios de causar el mayor daño posible a quienes se le acercan. Y lo hace, especialmente, de cuatro maneras, en distintos grados de alienación: tentación, obsesión, opresión y posesión.

La libertad del hombre es finita y falible. Y de hecho, el hombre ha fallado. Pecó libremente. Al rechazar el plan de amor de Dios, se engañó a sí mismo; se hizo esclavo del pecado. Esta primera alienación generó multitud de otras. La historia de la humanidad, desde sus orígenes, es testigo de desgracias y opresiones nacidas del corazón del hombre, como consecuencia del mal uso de la libertad.

A

La tentación es una acción de Satanás que influye en el interior del hombre para instigarlo a hacer el mal y así romper con la gracia de Dios. También somos tentados por nuestras propias concupiscencias. Sin embargo, incluso de este mal Dios saca el bien, como decía Orígenes: "Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... La tentación sirve para algo. Todos, excepto Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros mismos. Pero la tentación la manifiesta, para enseñarnos a conocernos a nosotros mismos y, con ello, descubrir nuestra miseria y obligarnos a dar gracias por los bienes de Dios que ella (la tentación) nos hizo reconocer. La tentación, en cierto sentido, nos obliga a responder en oración porque no hay otra manera de vencerla".

A

La obsesión es una preocupación continua, un fastidio perseverante, una idea fija y angustiosa que puede provenir de una persecución diabólica. Se manifiesta dentro de la persona, a veces a través de terribles fantasías sexuales, pensamientos de suicidio o venganza, ideas blasfemas, miedos aterradores, tendencias autodestructivas, incapacidad para aceptar el perdón, entre otras cosas. Puede ser que en situaciones como esta no solo exista una causa física o psicológica, sino también el tormento de un acoso maligno que esclaviza a la persona, minando la fuerza con la que podría vencer el mal.

La obsesión es similar a la tentación, solo que mucho más fuerte, más intensa y permanente. En general, la persona no puede superarlo sola.

Una vez, en Río de Janeiro, nos trajeron una mujer que había estado atormentada por tendencias suicidas durante varios años. Ya había intentado matarla cuatro veces y la última apenas lograron salvarla. Oramos por ella, y durante la oración el Señor nos reveló que su padre la maldecía regularmente. Su hermana, presente allí, testificó que era cierto. Su padre la maldecía constantemente, deseándole enfermedad, muerte, violencia y todo tipo de desgracias. Se sintió abatida. Nada funcionó para ella. Su vida afectiva y profesional fue un desastre. De hecho, ya no encontraba razones para vivir.

El resentimiento que sentía por su padre la mantuvo esclava de sus palabras. Oramos para que Jesús la librara de la amargura y de toda palabra de maldición. Clamamos por el poder liberador de la cruz de Cristo para que la envuelva y le dé fuerza para perdonar. El Señor actuó de inmediato, liberándola de la obsesión suicida. Su vida dio un giro tal que muchos llegaron a preguntarle qué le había pasado.

En otra ocasión, en un pueblo de montaña, había una mujer que al comunicarse, sus pensamientos eran tomados por fantasías indecentes, mientras muchas palabras obscenas salían a su boca. No pocas veces tuve que hacer un gran esfuerzo

no escupir la hostia consagrada. Se sintió avergonzada y sufrió mucho por ello. La gente de su comunidad siguió el drama pero no sabía cómo ayudar.

Tuvimos la oportunidad de orar por ella. Cuando le pedimos a Jesús que derramara el derramamiento del Espíritu Santo sobre ella, estalló en grandes alabanzas en lenguas. El Espíritu Santo la libró de ese espíritu de blasfemia y la restauró por completo.
Gracias a esa oración, recobró la alegría y la vitalidad. Los que fueron testigos del hecho nos han dicho, en varias ocasiones, lo impresionados que estaban con lo que Dios había hecho por ella.

A

La opresión es un grado de alienación mayor que los anteriores. Desde una perspectiva espiritual, se trata de la acción del enemigo sobre los cuerpos o sobre las cosas. Mientras la obsesión se manifiesta en el interior, la opresión también se manifiesta en el exterior, en el plano material, en forma de ruidos nocturnos, sensaciones físicas, figuras en movimiento, enfermedades extrañas sin explicación médica, etc.

Una familia nos pidió que fuéramos a rezar a su casa, porque allí pasaban cosas raras. Nos dijeron que el primer dueño del edificio se había suicidado en una de las habitaciones. Desde entonces, la casa no ha tenido muy buenos antecedentes. Los vecinos vieron figuras, escucharon golpes en la noche y percibieron una mala presencia en la casa. De todos modos, nadie podría vivir en él por mucho tiempo.

Cuando llegamos allí, reunimos a los residentes, oramos por la gente, clamamos por la bendición de Dios y consagramos ese hogar al Sagrado Corazón de Jesús por intercesión del Inmaculado Corazón de María. Una sensación de libertad invadió a todos.
Parece que el ambiente en la casa ya no era el mismo. Lo más llamativo vino después. La familia nos dijo que, al día siguiente, la hija del antiguo dueño fue a la casa y pidió ver el lugar donde había muerto su padre. Enojada con su padre, nunca había puesto un pie en esa casa. Nunca lo visité. Prácticamente no hablaba, solo lloraba, mientras caminaba por los ambientes. Era un grito de perdón, de reconciliación.

Nunca ha habido ningún tipo de manifestación opresiva desde entonces. La bendición de Dios cayó no solo sobre el medio ambiente, sino sobre todas las personas relacionadas con él. Cuando Dios entra en una casa, también está entrando en el corazón y en la vida de los que la habitan, y seguramente el maligno no se quedará allí.

Otro caso importante fue el de una señora que no podía orar. Nos dijo que caían objetos dentro de la casa y que había un ruido de piedras en los techos cada vez que estaba lista para orar. Estaba algo encorvada y nos confió que tenía un bulto en la espalda, que le dolía mucho cuando se sentaba.

se acercó a una iglesia con la intención de participar en la Santa Misa.

Ya había buscado ayuda médica y psicológica, pero no hubo mejoría.

Pusimos nuestras manos sobre ella, y mientras orábamos, su espalda encorvada se enderezó por primera vez en treinta y siete años. Durante la oración, descubrimos que este mal le había sobrevenido cuando tenía unos once años. Su madre la llevó a un ritual de brujería, donde invocaron sobre ella un espíritu que desde ese día oprimía su cuerpo.

Jesús, entonces, la había librado de ese mal. Y, llena de alegría, alabó a Dios.

Durante la oración, el Espíritu Santo vino en ayuda de nuestra debilidad con el carisma del discernimiento para revelarnos lo que le pasaba: no era una enfermedad física, sino una opresión maligna, de naturaleza espiritual, que se manifestaba en su cuerpo. . Una vez que el mal fue expulsado, el cuerpo fue sanado.

Los hombres y mujeres que se dedican a la oración de liberación deben ser personas maduras, experimentadas y sensibles para saber discernir dónde hay realmente una presencia o una influencia maligna y no dejarse arrastrar por sus propias fantasías. Deben orar por los demás de manera discreta y reservada, buscando el bien de la persona y la gloria de Dios. Por obediencia a Jesús, que envía a los discípulos de dos en dos, deben evitar estar solos frente a tales casos. Un grupo pequeño en tamaño (tres o cuatro personas) y grande en madurez sería ideal.

La Renovación Carismática Católica tiene numerosos testimonios como este. Puede parecer extraño a los que no conocen el Evangelio, pero hay un registro de un caso similar: "Había allí una mujer que, desde hacía dieciocho años, estaba poseída por un espíritu que la tenía enferma: estaba encorvada y no podía ponerse de pie en absoluto." (Lc 13,11). Se produjo una liberación cuando Jesús le dijo: "Estás libre de tu enfermedad".

O

La oración de liberación ocurre en el nombre de Jesús por el poder del Espíritu Santo. Es en el nombre del Señor que oramos al Padre y no cedemos a las artimañas del enemigo. Movidos por la fe y guiados por el Espíritu Santo, actuamos en el nombre de Jesús para liberar a la persona de toda opresión y de toda obsesión.

Obedeciendo la Palabra de Dios, pedimos al Padre que, en el nombre de Jesús, libere a la persona de todo lo que la oprime y la esclaviza. Y mandamos, con la autoridad de Cristo (cf. Mc 16,17), que el espíritu maligno deje libre y en paz a la persona. Es una oración sencilla y eficaz, que San Lucas se aseguró de registrar: "En el nombre de Jesucristo os mando que dejéis a esta mujer" (Hch 16,18).

Otra cosa importante: el que ora por la liberación debe prohibir que el espíritu atormente a la persona que fue liberada nuevamente, porque "cuando el espíritu inmundo sale del hombre, he aquí, anda errante por lugares secos buscando un descanso que no encontrar. Entonces dice: Volveré a la casa de donde salí. Y, al volver, la encuentra vacía, limpia y decorada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entran en aquella casa y se asientan allí; y el postrer estado de aquel hombre llega a ser peor que el primero" (Mt 12,43-45).
Por eso, después de la liberación, es necesario revestirse de la fuerza del Señor y clamar con autoridad: "Os mando, […] no entréis más en ella" (cf. Mc 9,25).

El Evangelio nos enseña que no basta expulsar el espíritu, es necesario prohibirle que regrese y enviarlo al pie de la Cruz de Cristo, donde todo demonio ha sido definitivamente vencido, porque es el mismo Jesús quien dispondrá de eso Por el poder de la sangre de Cristo, revestida con su Espíritu Santo, tomamos autoridad sobre toda cadena espiritual, por fuerte y antigua que sea, y la rompemos en pedazos en el nombre de Jesús.

Cuando oramos por la liberación de alguien, primero debemos reclamar la protección del Señor para nosotros. Invoquen a Dios con todo su corazón para que no nos sobrevenga ningún mal, porque el Señor ha prometido ayudar a todo aquel que invoque su santo nombre (cf.

Rm 10,13): “Porque él está unido a mí, lo libraré; y yo lo protegeré, porque él sabe mi nombre. Cuando me invoques, responderé; en la tribulación yo estaré con él. Lo libraré y lo cubriré de gloria. Le favorecerán largos días, y yo le mostraré mi salvación” (Sal 90, 14-16). La ayuda divina nos cubre, protege y libra de todas las malas influencias.

A menudo digo la siguiente oración:

O D

Amado Padre, por el poder del Nombre de Jesús, por el poder de la Sangre de Jesús, por el poder de las llagas de Jesús, reclamo tu protección divina y la fuerza del Espíritu Santo sobre mí y sobre todos los que oran. conmigo en este momento, para que seamos perdonados de todos nuestros pecados y libres de toda mala influencia. Señor Jesucristo, ponte a nuestro lado para defendernos. Señor Jesucristo, quédate dentro de nosotros para preservarnos. Señor Jesucristo, ponte delante de nosotros para guiarnos. Señor Jesucristo, párate a nuestro alrededor para guardarnos. Señor Jesucristo, permanece sobre nosotros para bendecirnos. Por intercesión de la Santísima Virgen María, bendícenos, Señor. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

O j

Quien hace libre a la persona es Cristo Jesús. Por lo tanto, no hay mejor manera de liberar a alguien que llevarlo a un encuentro personal con el Señor. Las tinieblas se van cuando llega el que dijo: "Yo soy la luz del mundo". En general, la liberación sin mayores manifestaciones del mal sucede cuando la persona acepta el Evangelio y acoge a Jesús como el Señor de su vida. Cristo entra por la puerta y el opresor se ve obligado a huir por la ventana. Es importante comprender que la expulsión del maligno es una consecuencia de la auténtica evangelización. Por lo tanto, si la persona no está dispuesta a volverse a Dios y convertir el corazón, de poco sirve orar oraciones de liberación sobre él.

Muchas personas me preguntan: ¿podemos rezar oraciones de liberación sobre nosotros mismos? Claro que sí. Podemos orar en cualquier circunstancia por nosotros mismos y por nuestros seres queridos. Si somos oprimidos, el Señor nos librará (cf. Mt 11, 28-30). En nuestro bautismo fuimos hechos sacerdotes, reyes y profetas en Cristo, y compartimos su autoridad para expulsar los espíritus que nos perturban. Gracias a él podemos apropiarnos de nuestra liberación.

Al final del libro Ritual de exorcismos y otras súplicas, la Iglesia pone a disposición varias súplicas que todos los fieles pueden utilizar, en particular, en la lucha contra el poder de las tinieblas. Las oraciones que siguen pueden ser de gran ayuda para su vida espiritual:

O

1) Señor Dios, ten piedad de mí, tu siervo. A causa de la multitud de perseguidores he llegado a ser como un vaso roto; Libérame de las manos de mis enemigos y ayúdame en tu bondad, para que encuentres a los que se habían perdido, restaures a los que encontraste y no te separes de los que restauraste, para que Yo pueda agradarte en todo, porque yo reconoce que he sido redimido a) por tu poder. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

2) Dios todopoderoso, que haces habitar en casa a los desvalidos y llevas a los vencidos a la prosperidad. Mira mi aflicción y ven en mi ayuda; vencer al enemigo perverso, para que, quitando la presencia del adversario, la libertad se convierta en paz para mí. Y así vuelto a tu tierno amor; Puedo confesarte que eres admirable, porque has dado fuerza a tu pueblo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

3) Oh Dios, creador y defensor del género humano, que formaste al hombre y a la mujer a tu imagen y los creaste más admirablemente por la gracia del Bautismo, mírame a mí, tu siervo, y escucha mis súplicas. Haz resplandecer en mi corazón el esplendor de tu gloria para que, desterrando todo terror, miedo y pavor, con mente y espíritu serenos, pueda alabarte con los hermanos y hermanas de tu Iglesia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

4) Dios, autor de infinita misericordia y de todo bien, para quitar de nosotros el poder del enemigo, quisiste que tu Hijo sufriera la horca de la cruz por nosotros. Mira con bondad mi miseria y mi dolor; y procura que, habiendo vencido el ataque del enemigo, llenes con la bendición de tu gracia la que renovaste en la fuente del Bautismo. Por Cristo tu Señor.
Amén.

5) Oh Dios, que por la gracia de la adopción me quisiste ser un hijo de la luz, haz que no esté envuelto en las tinieblas de los demonios, sino que siempre me manifieste en el esplendor de la libertad recibida de tú. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

6) Invocaciones a la Santísima Trinidad.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Solo a Dios el honor y la gloria. Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo; alabémosle por los siglos de los siglos. Te invocamos, te alabamos y te adoramos, oh Santísima Trinidad. Esperanza nuestra, sálvame y avívame, oh Santísima Trinidad. Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, que fuiste y que eres y que vendrás. A ti sea el honor y el dominio, oh Santísima Trinidad; a ti sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. A ti sea la alabanza, a ti sea la gloria, a ti sea gracias por los siglos de los siglos, oh Santísima Trinidad. Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, ten piedad de mí.

7) Invocación a nuestro Señor Jesucristo.

Jesús, Hijo del Dios vivo, ten piedad de mí.
Jesús, imagen del Padre, ten piedad de mí.
Jesús, sabiduría eterna, ten piedad de mí.
Jesús, esplendor de luz eterna, ten piedad de mí.
Jesús, palabra de vida, ten piedad de mí.
Jesús, hijo de la Virgen María, ten piedad de mí.
Jesús, Dios y hombre, ten piedad de mí.
Jesús, Sumo Sacerdote, ten piedad de mí.
Jesús, anunciador del reino de Dios, ten piedad de mí.
Jesús, camino, verdad y vida, ten piedad de mí.
Jesús, pan de vida, ten piedad de mí.
Jesús, vid verdadera, ten piedad de mí.
Jesús, hermano de los pobres, ten piedad de mí.
Jesús, amigo de los pecadores, ten piedad de mí.
Jesús, médico del alma y del cuerpo, ten piedad de mí.
Jesús, salvación de los oprimidos, ten piedad de mí.

Jesús, consuelo de los abandonados, ten piedad de mí.

Tú, que viniste a este mundo, ten piedad de mí.

Tú que libraste a los oprimidos del diablo, ten piedad de a mí.

Tú, que colgaste en la cruz, ten piedad de mí.

Tú, que aceptaste la muerte por nosotros, ten piedad de mí.

Tú que descendiste a los infiernos, ten piedad de a mí.

Tú que subiste al cielo, ten piedad de mí.

Tú que enviaste el Espíritu Santo a los apóstoles, ten piedad de de mí.

Tú, que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de mí.

Tú que vendrás a juzgar a vivos y muertos, ten piedad de a mí.

Por tu encarnación, líbrame, Señor.

Por tu nacimiento, líbrame, Señor.

Por tu bautismo y santo ayuno, líbrame, Señor.

Por tu cruz y pasión, líbrame, Señor.

Por tu muerte y sepultura, líbrame, Señor.

Por tu santa resurrección, líbrame, Señor.

Por tu admirable ascensión, líbrame, Señor.

Por la efusión del Espíritu Santo, líbrame, Señor.

Por tu venida gloriosa, líbrame, Señor.

8) Otras invocaciones al Señor.

[Al mencionar la cruz, el creyente puede hacer la señal de la cruz.]

Sálvame, oh Cristo Salvador, por el poder de la Santa Cruz †. Tú que salvaste a Pedro en el mar, ten piedad de mí. Por la señal de la santa cruz, † líbrame, Dios nuestro, de nuestros enemigos. Por tu santa cruz † sálvanos, oh Cristo Redentor, tú que muriendo destruiste nuestra muerte y resucitando reparaste la vida. Adoramos tu santa cruz, Señor Jesús, y recordamos tu gloriosa pasión. Tú que sufriste por nosotros, ten piedad de nosotros. Te adoramos Señor

Jesucristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido al mundo.

*Haz la señal de la Cruz sobre tu propio cuerpo cuando la oración esté marcada con (†).

9) Invocaciones a la Santísima Virgen María.

Acudimos a tu protección, santa Madre de Dios; no desprecies nuestras súplicas en nuestras necesidades, antes bien líbranos siempre de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita.

Consolador de los afligidos, ruega por nosotros. Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros. Permíteme alabarte, Virgen Santa; dame fuerza contra tus enemigos. ¡Madre mía, esperanza mía!
Virgen Madre de Dios, María, intercede ante Jesús por mí.
Digno Reina del mundo, Virgen perpetua, María, intercede por nuestra paz y salvación, tú que diste a luz a Cristo, Señor y Salvador de todos. María, Madre de gracia, Madre de misericordia, protégenos del enemigo y recíbenos en la hora de la muerte.

Ayúdame, oh piadosísima Virgen María, en todas mis tribulaciones, angustias y necesidades y ruega a tu amado Hijo que me conceda la liberación de todos los males y peligros del alma y del cuerpo.

Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que nunca se supo que ninguno de los que recurrieron a tu protección, imploraron tu auxilio y reclamaron tu auxilio, fueran por ti.

Excitado, pues, con igual confianza, a ti, Virgen entre todas singulares, como Madre a la que apelo; por ti valgo y, gimiendo bajo el peso de mis pecados, me postro a tus pies.

No desprecies mis súplicas, oh Madre del Hijo de Dios hecho hombre, pero dígnate escucharlas propicias y obtener para mí lo que te pido. Amén.

10) Invocaciones a San Miguel Arcángel.

San Miguel Arcángel, defiéndenos en el combate; sé nuestro refugio contra el mal y las asechanzas del diablo.

Dios te lo mande, te lo pedimos insistentemente; y tú, príncipe de la milicia celestial, por el poder divino, precipita en el infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos, que andan por el mundo para perder las almas. Amén.

11) Letanía

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros (o por mí).

São Miguel, ruega por nosotros (o por mí).

San Gabriel, ruega por nosotros (o por mí).

San Rafael, ruega por nosotros (o por mí).

Santos Ángeles Custodios, rueguen por nosotros (o por mí).

San Juan Bautista, ruega por nosotros (o por mí).

San José, ruega por nosotros (o por mí).

San Pedro, ruega por nosotros (o por mí).

São Paulo, ruega por nosotros (o por mí).

San Juan, ruega por nosotros (o por mí).

Santos Apóstoles, rueguen por nosotros (o por mí).

Santa María Magdalena, ruega por nosotros (o por mí).

[Se pueden añadir los nombres de otros Santos y Beatos.]

De todo mal, líbranos (a mí), Señor.

De todo pecado, líbranos (a mí), Señor.

De las asechanzas del diablo, líbranos (a mí), Señor.

De la muerte eterna, líbranos (a mí), Señor.

Cristo, escúchanos (a mí).

Cristo, respóndenos (a mí).

j W S

Llevo muchos años orando por las personas y he aprendido algo importante: si en algún momento de tu vida estás orando por alguien y sucede algo extraño que te hace creer que estás frente a una manifestación maligna, o incluso si en tu vida personal tú si te sientes asaltado por una terrible tentación diabólica, trata de proclamar con fe y tranquilidad que "Jesucristo es el Señor" y verás cómo cambia el clima. ¡Eso mismo! Reafirma con confianza, en tu corazón o incluso en voz alta, que él es Kyrios. Porque está escrito que toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno se dobla al son del anuncio de que Jesucristo es el Señor (cf. Flp 2,9-11).

Si quieres descubrir de dónde viene el poder de esta palabra, basta con recorrer los Evangelios en busca de los enfrentamientos entre Jesús y los endemoniados. Entonces verás que los demonios se refieren a él como "el Hijo de Dios" o como "el Santo de Dios", pero nunca los verás decirle a Jesús: ¡Tú eres el Señor! Esto sucede porque quien, en el Espíritu, acepta a Jesús como su Señor, es arrancado del dominio de Satanás y acogido en el Reino de los Cielos.

En este sentido, el demonio no puede decir que Jesús es el Señor, porque le bastaría con hacerlo para dejar de ser demonio y volver a ser un ángel bueno. Tal posibilidad es insoportable para los malos espíritus. Declarar a Jesús Señor es lo mismo que decirle: "Reconozco y acepto tu autoridad sobre mí. Estoy dispuesto a someterme al Señor. Confío en tu amor y pongo mi vida en tus manos para que me protejas y guíes en cada momento de mi existencia. Pase lo que pase, quiero estar siempre contigo porque creo con confianza que el Señor quiere lo mejor para mí".

Por tanto, sin demora, tomemos posesión de la fuerza que brota de esta verdad. Si nos sentimos débiles y tentados, refugiémonos bajo el señorío de Cristo. El mismo Espíritu Santo nos capacitará para rezar esta oración porque, sin el Espíritu (cf. 1Cor 12,3), nadie puede decir que Jesús es el Señor y, aunque lo haga, su palabra es vacía y no da fruto.

Pero si queremos, podemos, ahora mismo, proclamar, en el Espíritu, que Jesús es el Señor:

Amado Jesús, reconozco sinceramente que eres el Hijo de Dios y que, por tu resurrección, el Padre te ha dado todo poder en el cielo, en la tierra y en el infierno. Reconozco tu gloria y el amor poderoso de tu Espíritu Santo.

En tu presencia doblo mis rodillas [arrodíllate si puedes] como una forma de mostrarte que te reconozco como Señor. Mi señor. Te acepto como Señor de toda mi vida y me encomiendo enteramente en tus manos. Me abandono a tu santa voluntad para que hagas conmigo lo que el Señor quiere. Confío en tu amor y en tu bondad.

Ya no quiero encerrarme en mí mismo, haciéndome el centro de todo. Te doy el mando de toda mi vida. ¡Guíame Señor! Quiero pertenecer sólo al Señor. Declaro ante los ángeles y santos que definitivamente te reconozco como el Señor de toda mi existencia, mi único Señor.

No quiero servir ni al dinero ni al placer, no quiero ser esclavo de mi propia imagen ni de ninguna adicción o tendencia que me separe del Señor. Te doy mi vida para siempre.
Acepto todas tus decisiones por mí mismo. Que tu voluntad se cumpla en mí. Reconozco que la única forma de ser verdaderamente libre es siendo fiel al Señor.

Ven a vivir en mí, Señor. Pon tu vida en mí. Lléname con tu Espíritu. Dame tu vida a cambio de la mía. Sé que el Señor está escuchando y tomando en serio esta oración, así como decidí que mi vida ahora es tuya.

Abro al Señor todas las puertas de mi alma. ingresar mi corazón y quédate conmigo toda mi vida.

Y

El señorío de Cristo en nuestras vidas es ese escudo de fe, del que habla la Escritura, capaz de apagar los dardos de fuego del maligno. Como ya hemos dicho en este libro, el ministerio de exorcizar a los atormentados lo concede el Obispo diocesano a un sacerdote preparado para esta función. El Ritual Romano de los Exorcismos trae a todos los cristianos una catequesis muy preciosa sobre el combate espiritual, expresando cómo la autoridad de la Iglesia en la lucha contra el mal emana del señorío de Cristo y del don de su Espíritu: "[...] la Iglesia, unida a al Espíritu Santo, pídele que nos ayude en nuestra debilidad (cf. Rm 8,26) para ahuyentar los demonios, para que no dañen a los fieles. Apoyándose en el don del Espíritu por el cual, después de la resurrección, el Hijo de Dios dio el Espíritu, en los exorcismos la Iglesia no actúa en su propio nombre, sino sólo en el nombre de Dios o del Señor Jesucristo, a quien todas las cosas, incluso el diablo y los demonios, deben obedecer y están sujetas".
Es a través del señorío de Cristo, llenos de la gracia de Dios, que seremos capaces de vencer el acoso del mal, primero en nuestra vida, luego en la vida de las personas que Dios ha puesto en nuestro camino. El señorío de Cristo es criterio de discernimiento porque separa el reino de las tinieblas del Reino de Dios.

El Espíritu Santo nos lleva a proclamar que Jesucristo es el Señor y nos conduce por un camino seguro, preservándonos de ser engañados por la capacidad de Satanás de adulterar el bien e imitar los dones de Dios. El Espíritu nos da el don del discernimiento para que seamos capaces de identificar dónde están los errores en un discurso o artículo; dónde están las verdaderas inspiraciones para separarlas de las fantasías de la imaginación.

El discernimiento nos permite distinguir lo que es bueno de lo que no lo es; los carismas del Espíritu Santo de las supuestas imitaciones que el demonio hace de los dones de Dios; los misioneros de los mercenarios. No debemos engañarnos a nosotros mismos. San Agustín aseguraba que si no queremos sufrir una desilusión y queremos amar a las personas con sinceridad, debemos saber que todos los esta

de vida y todas las ocupaciones de la Iglesia tienen su porcentaje de farsantes... Hay falsos cristianos, pero también los hay intachables.

Es también a través del discernimiento de los espíritus que llegamos a diferenciar la paz y el gozo que ofrece el Señor del gozo falso y vacío que ofrece Satanás.

O

Cuando una persona está llena del amor de Dios, siempre nos transmite cosas buenas. Incluso podemos sentir la alegría y la paz que irradian de su rostro y sus palabras. Pero también es cierto que no nos sentimos bien, más bien nos sentimos oprimidos, cuando nos encontramos en compañía de una persona que está bajo una mala influencia. Este malestar también suele manifestarse cuando escuchamos ciertos consejos o sermones aparentemente buenos, pero llenos de mentiras.

En circunstancias como ésta, el Espíritu Santo, a través de sus dones, suele revelar a alguno de los presentes el motivo, el lugar y la persona que provoca esta perturbación. A medida que crece nuestra intimidad con Dios, nuestra sensibilidad se hace mayor para distinguir lo que viene de Dios y lo que no. Así, el discernimiento de espíritus obra también junto a otros carismas en la función de separar el falso don de ciencia del legítimo don conferido por el Espíritu, la verdadera profecía del falso don de profecía, las verdaderas curas de las falsas curaciones producidas por el "padre de la mentira". . Es también el carisma del discernimiento el que permite discriminar las enfermedades comunes de origen natural de las "falsas enfermedades" o enfermedades que tienen un mal origen espiritual. En el ejercicio de los carismas, el discernimiento de espíritus da testimonio de la autenticidad de los dones de Dios en cada persona de nuestra comunidad.

Pero este carisma debe ejercerse en un clima de amor y oración, respetando ciertas condiciones. Su ejercicio debe ir acompañado de paz, compasión, generosidad, amor misericordioso, servicio de la gloria de Dios y de los hermanos, y nunca de sorpresa escandalosa, precipitación, agresividad y cierto terrorismo que no son más que posesividad y opresión. La firmeza que acompaña al discernimiento de espíritus nunca debe separarse de esa actitud mansa y humilde que manifiesta la presencia del "buen Dios" que viene a traer paz, enriquecer, liberar y dar vida y alegría abundantes.

Dios se revela y se revela para liberar, sanar y salvar, desarraigar el mal y unir más al ser humano con Él, diferente del hombre que juzga y condena. Así, la humildad, la vida entregada a favor de los hermanos, glorificando a Dios, un corazón orante firme en la alabanza y la intercesión, la fe en el nombre de Jesús y en su cuerpo místico que es la Iglesia, nos hacen ver la grandeza de Dios y nuestra pequeñez. Antes que él. El discernimiento y la humildad van juntos. Un hombre sin humildad, un hombre sin discernimiento, decía Catarina de Sena.

Cuanto más manifiestos y extraordinarios son los carismas del Espíritu, más nos damos cuenta de lo pequeños que somos. Pero es precisamente cuando nos encuentra en este espíritu de humildad que Dios puede usarnos para tocar a su pueblo.
San Pablo dijo: es cuando soy débil que soy fuerte. El poder infinito de Dios se manifiesta más en la debilidad.

¿Quién podría juzgar si una inspiración realmente viene de Dios, si Dios mismo no le dio el discernimiento para juzgar con precisión y caridad los pensamientos, propósitos e inclinaciones del corazón de otra persona? El discernimiento es como el padre de todos los carismas y no podemos ignorarlo a la hora de guiar nuestro camino espiritual, tanto el nuestro como el de los demás.

Equipo original S

El Espíritu Santo es la ayuda divina en todas nuestras luchas. Él siempre quiere guiarnos, en las situaciones grandes y pequeñas de nuestras vidas. Ningún problema es demasiado grande para Él. Y porque nos ama, no considera insignificante ninguna de las cosas que nos afligen. Somos preciosos para Él.

Sepa que usted es inmensamente importante para Dios. Y el Espíritu es nuestra ayuda en la lucha contra el mal, pero también es la fuerza en la batalla que libramos cada vez que necesitamos tomar una decisión.

Tomar decisiones no es fácil porque nos obliga a elegir.
Cada vez que tenemos que elegir entre dos cosas, necesitamos “renunciar”, “renunciar” a una de ellas, y si no estamos seguros de lo que es mejor para nosotros, cada elección que tenemos que hacer se convierte en motivo de sufrimiento y se va. nosotros preocupados. Es necesario

llenar, en el corazón, el sentimiento de pérdida y los espacios vacíos que dejan estas renuncias. Llénalo de placeres espirituales: lecturas, salmos, buenos pensamientos, buenas obras, la certeza de que el cielo nos espera y un corazón encendido en el amor de Dios.

Cuando una persona está completamente poseída por el amor de Dios, ayudada por la gracia, trata de deshacerse de todo lo que le dificulta pertenecer enteramente a Dios.

La palabra del Señor dice que el hombre madura a medida que aumenta su capacidad de discernir. Su crecimiento espiritual se evidencia en la calidad de sus elecciones: “Pero el alimento sólido es para los adultos, para los que la experiencia los ha enseñado a distinguir entre el bien y el mal” (Heb 5:14).

Pero el que confía en Dios nunca está solo en sus elecciones. El Espíritu Santo se apresura a socorreros: guíe vuestros pensamientos, despierte en vuestro corazón intuiciones certeras y haga que vuestros pasos vayan siempre en dirección a cosas mejores. De este modo, el Espíritu lo conduce a la felicidad, haciéndolo experimentado para el bien y liberándolo de todo lo que es malo (cf.

Romanos 16:19).

Nadie vive tan bien y tan intensamente como aquel que se deja conducir por el Espíritu Santo. El Espíritu no la priva de nada, no le impide hacer nada, sino que la hace examinar todo y aprovechar lo bueno (cf. 1 Ts 5,21). Él la guía de modo que pueda evaluar todo desde la Palabra de Dios (cf. Rm 2,18) y pueda discernir lo más perfecto para conservar siempre lo mejor.

Es el Espíritu Santo quien conduce al hombre a su plena realización, quien lo hace feliz y lo conduce a Jesús. Él es el verdadero guía espiritual. Sin Él, el hombre nunca logra nada que realmente valga la pena.

La mujer y el hombre se liberan de todo yugo espiritual cuando se dejan conducir por el Espíritu Santo (cf. Ga 5,18). Los lleva paso a paso, como hizo con Jesús y como hace con la Iglesia. En las decisiones grandes y pequeñas que deben tomar, Él siempre los insta a actuar de acuerdo con la voluntad de Dios.

Nadie, después de haber entregado su vida al Espíritu Santo, es abandonado cuando tiene que tomar decisiones importantes (cf. Hch 15, 28). Instruye a la persona con buenas inspiraciones y la ilumina desde dentro con una dirección tan firme y tan segura que pierde ese miedo que la vuelve indecisa.

Muchos dicen que les cuesta escuchar a Dios y no se dan cuenta de que Él les habla siempre desde dentro, en su corazón, a través de su conciencia. Cuando se trata de un bautizado que aceptó a Jesús como el Señor de su vida, esta voz de la conciencia es ungida de tal manera por el Espíritu que si la persona la escucha, no se equivocará al tomar una decisión. Es imposible que cualquiera que escuche se equivoque: "En cuanto a ti, la unción que recibiste de él permanece en ti. Y no necesitas que nadie te enseñe; pero como su unción os enseña todas las cosas, así es verdad y no mentira. Permaneced en ella, como ella os enseñó" (1 Juan 2:27).

Cuando San Juan dice "no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, porque la unción del Espíritu os enseña todo", no quiere decir que el hombre y la mujer, ungidos por Dios, no necesiten leer, estudiar o recibir enseñanzas. Si eso fuera cierto, no necesitaríamos la Biblia. que San Juan

él está diciendo es que todos necesitan escuchar la predicación del Evangelio y todos necesitan recibir enseñanzas, pero solo esa persona que escucha el Espíritu Santo en su corazón entenderá lo que dicen los evangelizadores y será bendecido con lo que escucha de la boca. de los sabios Por eso es tan importante que los predicadores oren por la gente antes de anunciarles la Palabra de Dios, ya que el predicador habla desde fuera de la conciencia, pero es el Espíritu Santo quien convence al que escucha. De ahí que podamos entender por qué muchas personas escuchan la misma predicación, pero cada uno entiende a su manera: porque el Espíritu Santo enseña a cada uno según su verdadera necesidad.

Así como el Espíritu nos enseña a discernir la voluntad de Dios en la Biblia y en la predicación, nos enseña a leer y distinguir los signos de los tiempos en las cosas que suceden a nuestro alrededor y en los acontecimientos que impregnan nuestra vida. Es como si, ante algunas situaciones, el Espíritu nos alertara y nos dijera: “¡Presta atención a esto!”. o “Mira eso” e inmediatamente ilumine lo que está pasando con un fragmento de la Escritura o una verdad clara.

En todas estas cosas, nos dirige a seguir siempre el bien y renunciar al mal. Es como una inclinación del corazón, una sensación interior que no sabemos explicar muy bien y que muchas veces nos hace nadar contra corriente y tomar un camino diferente al que la mayoría de la gente elegiría. Son inspiraciones, ideas, certezas y voluntades que surgen en un momento de oración, cuando escuchamos una predicación, o incluso cuando vemos actuar a alguien inspirado por Dios. Por el momento, ni siquiera nos damos cuenta de que es el Señor quien nos conduce; sin embargo, luego vemos por los frutos que estaba Él a nuestro lado guiándonos.

No

Como buen Maestro que es, el Espíritu Santo no lleva a nadie a replegarse en sí mismo. Quien quiera mejorar su discernimiento debe tener en cuenta lo que determina la Escritura: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2,7).

San León Magno exhortaba así a sus compañeros: “No podemos, queridos amigos, en modo alguno dudar de que toda observancia cristiana procede de instrucciones divinas y que todo lo que la Iglesia ha recibido como costumbre de devoción proviene de la tradición apostólica y de la enseñanza de el Espíritu Santo.”.

Todo verdadero discernimiento debe nacer del encuentro entre lo que Dios me ha mostrado personalmente y lo que ha revelado a la Iglesia.
Era lo que San Agustín había entendido y enseñado: “Prefiero equivocarme con la Iglesia que equivocarme solo”.

La forma más segura y segura de descubrir la voluntad de Dios es comparar lo que el Espíritu Santo me dice a mí personalmente con lo que Él le dice a la Iglesia en su conjunto.

La belleza del discernimiento reside en que es siempre fruto de la comunión: la Iglesia escucha al cristiano y el cristiano escucha a la Iglesia. El Espíritu Santo que habla en el clero habla también en los fieles laicos. Y, de todo esto, lo más importante es escuchar siempre lo que dice el Espíritu Santo.

Cuando los hombres y las mujeres se unen en oración para escuchar a Dios, ya sean sacerdotes o laicos, el Señor les da agudeza para lo espiritual, agudeza para las cosas de la fe, capacidad para juzgar con precisión, que nace precisamente de esa unción que el Espíritu derrama sólo entre hermanos unidos (cf. Sal 132; Mt 18,19-20).

Cuando una persona está más interesada en buscar la voluntad de Dios que en hacer la suya propia, no tiene miedo de la opinión de los demás, ni se irrita con los que piensan diferente. Donde no hay envidia ni miedo, las diferencias, en lugar de dividir, conducen a la madurez.

Si el Espíritu Santo encuentra a dos personas que tienen diferentes opiniones sobre el mismo tema, pero quieren caminar en el

En efecto, comienza a trabajar para crear un consenso entre ellos, ponerlos de acuerdo y hacerlos "un solo corazón y una sola alma" (cf. Hch 4, 32). En cierto modo, esto es lo que sucede en el sacramento del matrimonio: de dos personas diferentes, Dios hace una sola carne.

Tengo mucha esperanza cuando las parejas que tienen un desacuerdo buscan la ayuda de Dios y de la Iglesia, porque, según la Escritura: "Aunque sacaras la espada contra tu amigo, no te desesperes porque el regreso es posible. Aunque hayas dicho palabras desagradables contra él, no temas porque la reconciliación es posible» (cf. Eclo 22,26-27a). Sin duda, podemos confiar en el poder del Espíritu Santo para obrar la reconciliación y llevar a las personas al entendimiento, incluso en aquellos casos en que todo parece perdido, incluso en situaciones que están completamente fuera de nuestro control.

Nuestras relaciones, todo aquello a lo que damos importancia en nuestra vida, la persona en la que nos estamos convirtiendo nace y se alimenta de nuestras elecciones. Amando a Dios, dice Agustín, nos hacemos divinos; amando al mundo, nos volvemos mundanos. Así, el discernimiento es importante para descubrir qué espíritu está obrando en la otra persona, pero es aún más precioso para mí poder discernir mis propias inspiraciones y tomar mis decisiones.

San Juan de la Cruz advierte que quien tiene algún apego mundano no puede confiar en sus propias capacidades, ni en los dones recibidos de Dios, juzgando que no se volverá ciego, insensible y no caerá en el mal. Como llevamos en nosotros las marcas del anciano con sus afectos ingobernables, dependemos siempre de la ayuda divina para juzgar lo que nos mueve.

Con el don del discernimiento, el Espíritu Santo me enseña a examinar las situaciones y guía mis elecciones para que actúe no sólo con sabiduría y prudencia humanas, sino también con el apoyo de una asistencia sobrenatural.

A

Para un buen discernimiento, São Paulo ordena observar los frutos. Pero en este asunto el fruto de la paz ocupa un lugar especial.
Satanás es capaz de imitar numerosas realidades espirituales. Incluso puede crear falsos éxtasis y hacer que el ser humano tenga visiones de Jesús y de los ángeles. Pero hay algo imposible de falsificar para él: la paz del corazón. Esto es tan cierto que, para los cristianos, el criterio más seguro de discernimiento es ver si algo trae la paz al alma o la quita.

La paz es la prueba más segura de la presencia de Dios. Es

cierto que Jesús dijo que un árbol se conoce por sus frutos. Y así como un árbol malo no da buenos frutos, así una mala acción no da buenos resultados. Por los frutos, por los resultados, podemos saber si una cosa vino de Dios o no. Pero aquí hay un "pero". Esto funciona para distinguir el bien del mal. Pero, ¿qué hago cuando en lugar de elegir entre "algo bueno y algo malo", necesito elegir "entre dos cosas buenas"? En medio de lo bueno, ¿cómo descubres lo mejor? ¿Cómo discerno lo que Dios quiere en esa circunstancia particular de mi vida?

La Sagrada Escritura presenta un camino: volverse a Dios, presentarle las situaciones en la oración y esperar con confianza sabiendo que la respuesta se dará: "Yo, sin embargo, vuelvo mis ojos al Señor, pongo mi esperanza en el Dios de mi salvación; mi Dios me oirá" (Miqueas 7:7).

La apertura del corazón para escuchar y obedecer a Dios en todo es la cualidad más importante del buen discernimiento. Grandes santos como Antonio de Padua opinaron así: "Si no sabes obedecer, tampoco podrás ver. Si no quieres escuchar, permanecerás ciego". Se trata de obedecer a Dios y, por él, obedecer lo que el Espíritu revela a la Iglesia.

Dios no toma en cuenta tus habilidades y potencialidades, sino tu disponibilidad. Él sabe cuándo haces todo lo que está en tu mano, incluso si fallas en el resultado, y considera a tu favor todo lo que intentaste hacer y fallaste como si lo hubieras logrado.

R

En la vida sucede que nos encontramos con circunstancias tan complicadas y difíciles que sólo la unción del Espíritu Santo nos permitirá discernir qué hacer en ese momento. Podríamos pensar que esta unción se derrama sobre nuestras almas de manera espectacular y extravagante, pero no es así; Dios la derrama de manera sencilla y serena a través de su Palabra en la Biblia. El Espíritu Santo reposa siempre sobre quien escucha, lee, ama y vive la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo, a través de la Sagrada Escritura, llena de paz el corazón y enciende en él la lámpara del discernimiento: "Tu palabra es antorcha que alumbra mis pasos, lumbrera en mi camino" (Sal 118,105). Si esta luz está siempre encendida, iluminando cada rincón de nuestra alma, no sólo descubriremos todas las artimañas del maligno contra nosotros, sino que también seremos testigos de la victoria de Dios sobre él ya nuestro favor. La luz del Espíritu desmantela las obras infernales. Por eso, São Paulo exhorta: "No apaguéis el Espíritu" (I Tes 5,19).

Las Sagradas Escrituras han iluminado ideas importantes en la vida de muchas personas. Recuerdo una situación así. Un hombre vino a hablar conmigo durante una misión.
Hacía seis años, en un momento de extrema insatisfacción con su esposa, había tomado la decisión de separarse de ella. Estaba a punto de llamar al abogado cuando escuchó las palabras de un sermón que estaba predicando en la televisión: "El Espíritu Santo llamado el paráclito es más que un abogado. Porque una vez decidido el caso, el abogado te deja seguir tu destino, pero el Espíritu Santo nunca te deja, te sigue, te apoya y te enseña todo lo que hay que hacer. Jesús dijo: 'Y yo le pediré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre' (Jn 14,16). Entonces, ¿por qué no entregar su caso al Espíritu y dejar que él le muestre qué hacer?".

En ese momento, allí, frente a mí, ese señor me dijo: "Acepté el desafío. Eso es precisamente lo que hice. Y el Espíritu Santo me estaba mostrando la locura que iba a cometer. Él me guió, y

Puedo decirles que ha salvado y reconstruido mi matrimonio estos últimos seis años. Coincidentemente, mi esposa y yo celebramos hoy nuestro 30 aniversario de bodas”. La Palabra de Dios lo había golpeado y aconsejado mejor que cualquier hombre. Una familia no fue desgarrada porque alguien allí se dejó iluminar.

A D

Seríamos mucho más felices si, para todo lo que íbamos a hacer, dejáramos la dirección de nuestra vida al Espíritu Santo, si nos dejáramos guiar por Él sin imponer ninguna resistencia. Vivir bien no es más que dejarse llevar por Él y amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y en todo lo que se hace. Es dar a Dios un amor tan completo que ninguna infelicidad pueda sacudirlo; un amor que le obedece exclusivamente, y que vela para discernir todas las cosas para escapar de toda astucia o mentira. Significa no tomar ninguna iniciativa sin que el Espíritu Santo nos impulse y sin consultarle antes de emprender cualquier acción.

San Ignacio tiene una proposición al respecto. Enseña que si tenemos que tomar una decisión y nos encontramos, por ejemplo, ante dos posibles opciones, es bueno abrazar primero una de ellas, como si fuera la única salida, y permanecer en ese estado durante un día o más. dos. A continuación, debemos evaluar las reacciones del corazón ante esta opción: si armoniza con el resto de nuestras opciones, si algo dentro de nosotros nos anima en esa dirección o si, por el contrario, nos angustia... Entonces debemos repetir la mismos pasos con la segunda opción. Haciendo todo esto con ánimo de oración, con el corazón dispuesto a hacer lo que Dios le indique, podemos estar seguros: el Espíritu Santo actuará a nuestro favor; Él mismo nos moverá y nos guiará.

Ciertamente, estos procesos nos ayudan y nos disponen hacia Dios, pero, como carisma, el discernimiento es una experiencia de gracia, que se da inmediatamente, espontáneamente. Ocurre de improviso sin que podamos aprisionarlo, ocurre por una situación de necesidad y desaparece con ella. Es evidente que el carisma del discernimiento es un don gratuito,

no podemos comprarlo ni merecerlo. Pero podemos cooperar con el Espíritu Santo, quitando todos los obstáculos que puedan impedirnos experimentarlo.

HACIA

La Escritura dice que hay un contraste entre el hombre espiritual y el abandonado a las fuerzas naturales, a las que llama carnales: "Pero el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura. Tampoco puede entenderlos, porque es por el Espíritu que deben ser ponderados. El hombre espiritual, en cambio, juzga todas las cosas y no es juzgado por nadie".
(1 Co 2,14-15).

Aquí, un hombre natural es aquel que se ha rendido a su propia animalidad, que es arrastrado por sus instintos pecaminosos y sus deseos pervertidos. El libro de Tobías retrata esto en las palabras del ángel Rafael: "Escuchadme, y os mostraré sobre quién tiene poder el diablo: son los que se casan, desterrando a Dios de su corazón y de sus pensamientos, y se entregan a sí mismos. su pasión como la del caballo y del asno, que no tienen entendimiento: sobre éstos tiene poder el diablo" (Tob 6,16-17).

Si el ser humano no supera esta etapa de animalidad, no tendrá comprensión de las cosas espirituales. No podrás disfrutar de la sabiduría divina. Y Jesús tendrá que decirle también a él:
"¿Por qué no entiendes mi idioma? Es porque no podéis oír mi palabra" (Jn 8,43).

La impureza, según la Escritura, impide que los hombres y las mujeres tengan acceso a Dios: "No, no es la mano del Señor la que no puede salvar, ni su oído sordo para oír, son vuestros pecados los que han puesto una barrera entre tú y tu Dios. Vuestras faltas son la razón por la que el rostro se oculta para no escucharos" (Is 59,1-2).

Así como la luz del sol no entra por un cristal cubierto de barro, así la luz del Espíritu no penetra en un corazón impuro, ni permanece en un cuerpo esclavizado por las pasiones carnales (cf. Sab 1,4).
Por tanto, el primer obstáculo a eliminar deben ser los deseos de la carne o, en otras palabras, las pasiones carnales, porque la pureza es uno de los caminos más seguros para acercarse al Espíritu Santo.

La vida de la persona que, por amor de Dios, ha abandonado la inmoralidad, es purificada por el fuego poderoso del Espíritu y él mismo se convierte en luz para los que le rodean. Cuanto más puro vives, más dócil eres siendo guiado por Dios.

Si queremos ser llenos del Espíritu Santo, si queremos experimentar su poder y conocer los secretos que tiene para revelarnos sobre Dios, sobre la Biblia y sobre las cosas que nos esperan en nuestro futuro, tendremos que volvernos amigos de la castidad y aferraos a ella, luchemos por la pureza. Fue Jesús quien hizo esta promesa: los puros verán a Dios.

Jesús dijo que no es lo que entra en el hombre lo que lo contamina, sino lo que sale de su corazón. Es del corazón del hombre de donde salen las impurezas. Por tanto, si queremos acabar con ellos, tendremos que destruirlos dentro de nosotros mismos, comenzando por nuestros pensamientos.

De inmediato, ¿qué podemos hacer? Podemos tomar una decisión ahora para consagrar nuestras mentes al Espíritu Santo. Consagrar significa entregar, encomendar, ceder, separar para el uso exclusivo de lo sagrado. Es decidir, de ahora en adelante, no usar nuestra mente para otra cosa que no sea el bien, conocer la verdad y agradar a Dios. Consagración que debemos renovar al comienzo de cada día.

Si quieres, puedes rezar la siguiente oración:

W D

Señor Jesús, así como consagraste tu vida al Padre, yo también vengo ahora a consagrarte mi mente y cada pensamiento en este día. Te consagro todo mi ser, todo lo que tengo y soy. Me entrego en tus manos sin ocultar nada. No me reservo nada. Pongo mi inteligencia, mi memoria y mi imaginación en tus manos. Todo es tuyo. Que estén a vuestro servicio y al de mis hermanos. Que obren para bien y sean fuente de alegría para mí y para los demás.

También pongo mis cargas y preocupaciones a tus pies. Que nada me perturbe ni socave mi confianza en ti. Te encomiendo todo lo que pasa por mi mente, la preocupación por mi sustento material y espiritual, por mi familia y las personas que amo. Te consagro todos mis pensamientos en este día y con ellos te entrego mi pasado, mi presente y mi futuro.

Señor, inspírame siempre lo que debo pensar para que siempre pueda discernir tu voluntad para mi vida. Santifica mis pensamientos. Inspírame con buenas intenciones. Despierta mi mente a lo que debo hacer; y muéstrame también lo que debo evitar.

Sé que me amas y me cuidas, por eso te agradezco de antemano todo y acepto todo lo que me permites pasar hoy. Creo firmemente en tu amor y confío incondicionalmente en tu divina Providencia. ¡Amén!

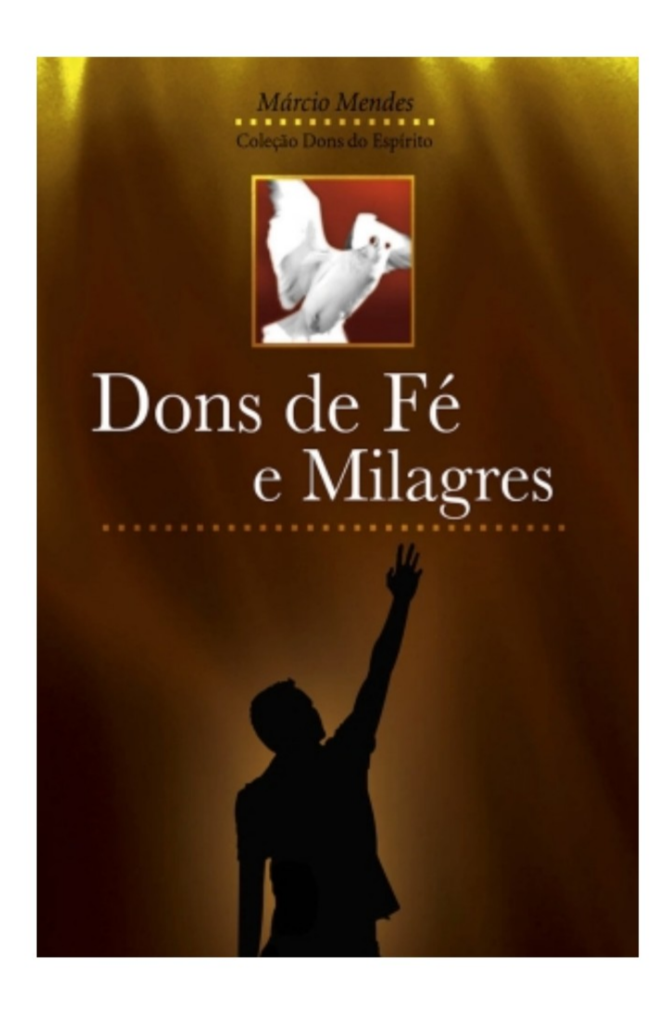
O

Para todas las ocasiones, el remedio es siempre la oración, pero de todas las oraciones, ninguna supera en valor a la celebración de la Santa Misa. ¡Si todos supieran realmente la fuerza, el bien, la gracia de una Misa bien experimentada y comenzaran así su día!

Editorial: Cristiana Negro
Asistente editorial: Jocelma Cruz
Portada: Claudio Tito Braghini Junior
marcio mendes
Diseño gráfico: Claudio Tito Braghini Junior
Maquetación digital: Tiago Muelas Filú
Preparación: Simone Zaccarias
Reseña: Lilian Miyoko Kumai
-

Editorial Canção Nova
Rua São Bento, 43 - Centro
01011-000 São Paulo SP
Fax [55] (11) 3106-9080 e-
mail: editora@cancaonova.com
vendas@cancaonova.com
Página principal: http://editora.cancaonova.com
Twitter: editoracn

ISBN: 978-85-7677-170-8


Márcio Mendes
Coleção Dons do Espírito
Dons de Fé
e Milagres

Dones de Fe y Milagros

Mendes, Márcio
9788576772590
168 páginas

Cuando Dios actúa a través de los carismas, especialmente de sanación y de milagros, es como un relámpago cegador, un susto en nuestras prontas respuestas, un choque irresistible que hace bajar al hombre del pedestal para arrodillarse ante su Creador. Dios no realiza milagros para probar su deidad o demostrar poder. Hace lo que hace porque es bueno. La fe y los milagros van de la mano y hacen un bien inestimable a quienes los experimen
Son dones que abren todas las puertas al ser humano. Jesús mismo garantiza: todo es posible para quien cree. El milagro hace crecer la fe. Pero sin fe ningún milagro es posible. En este libro, verás toda la bendición y toda la gracia que se esconde principalmente detrás del carisma de

fe. Entonces, pidamos al Señor de la vida que nos abra los ojos y el corazón, para que podamos experimentar esta bendita realidad que la Sagrada Escritura define como don de milagros.


Pe. Rufus Pereira
Márcio Mendes (org.)
Eu
lhes trago
melhora
e
cura
Canção Nova
EDITORA

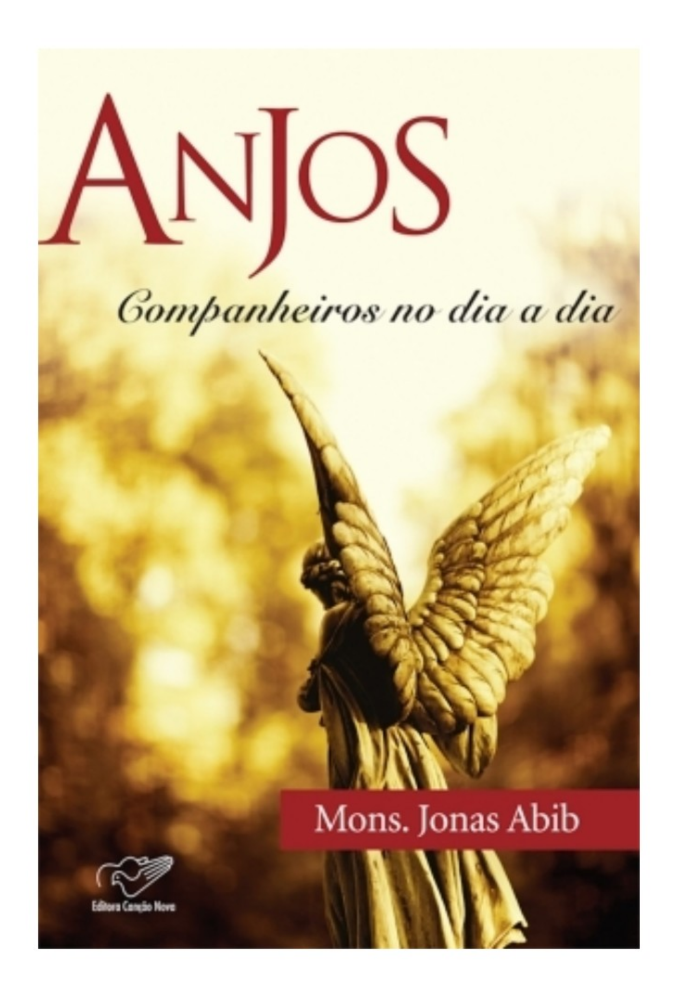
Te traigo mejor y cura

Pereira, Padre Rufus
9788553391530
144 páginas

Compra ahora y lee

Hoy, muchas personas ignoran la existencia y acción del Enemigo en sus vidas. Tienes que enfrentar estos ataques espirituales a través de la oración. Volverse a Dios es la protección más poderosa contra las fuerzas del mal. En la sociedad actual, necesitamos comprender mejor los ataques espirituales del Enemigo para aprender a protegerlos y resistirlos. Con frecuencia, si el Tentador no puede apartarnos de las cosas de Dios, hace todo lo posible para desgastarnos mediante la tentación o la persecución, para que, por el desánimo, abandonemos la lucha. Esta obra nos trae enseñanzas muy sencillas y poderosas, a través de las orientaciones traídas por el Padre Ruffus. Márcio Mendes, organizó cada palabra para que usted ent

aprende de Jesús cómo afrontar y cuáles son los ataques del enemigo, cómo se producen, qué debemos hacer para protegernos de ellos y cómo deshacernos de los males que ya nos han golpeado. Es un camino sencillo y profundo que traerá amor, alegría y paz a tu vida.


ANJOS
Companheiros no dia a dia
Mons. Jonas Abib
Editora Canção Nova

Ángeles compañeros en el día a día

Abib, Monseñor Jonas
9788576772781
136 páginas

Porque él [Dios] mandará a sus ángeles que te guarden en todos tus pasos. En sus manos te llevarán para que tu pie no tropiece con ninguna piedra" (Sal 91,11-12). presencia y acción de los ángeles. Es la renovación de una antigua espiritualidad aplicada en la vida cotidiana. El libro explica quién los ángeles son, qué hacen y cuál es el papel de los ángeles custodios, también nos orienta sobre cómo rezar con ellos, y muestra la experiencia con los ángeles vivida por el Padre Pío, Benedita de Laus y Dom Bosco.

presenta con el conocimiento real de la presencia de los ángeles según las enseñanzas de la Iglesia Católica y la Biblia.


Márcio Mendes
30
MINUTOS
PARA MUDAR
O SEU DIA
Quando uma simples oração
pode transformar absolutamente tudo

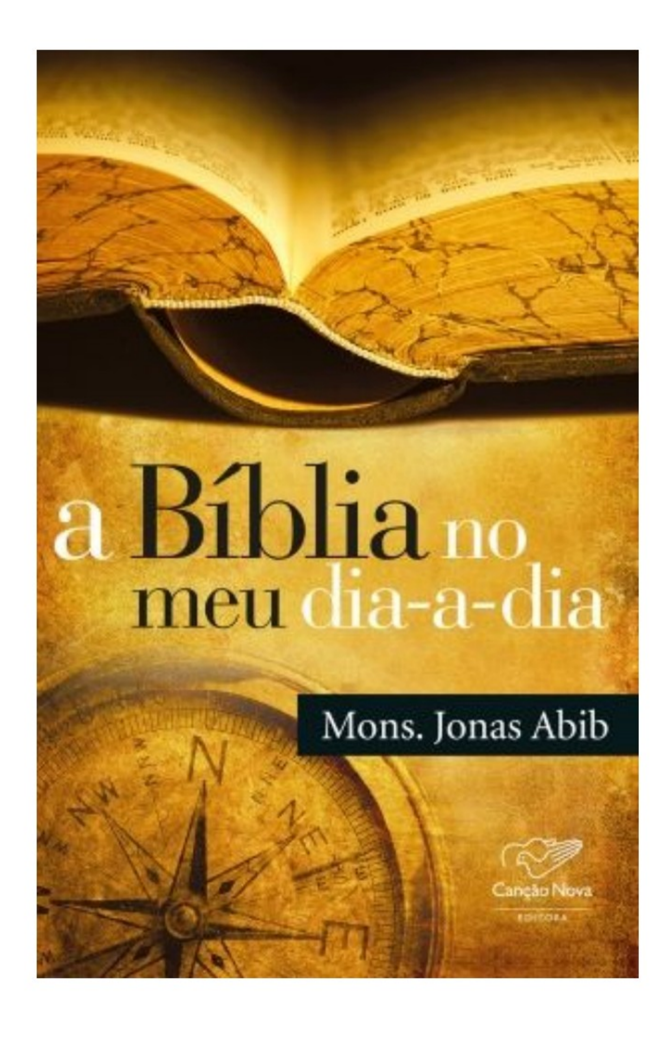
30 minutos para cambiar tu día

Mendes, Márcio
9788576771494
87 páginas

Las oraciones de este libro son poderosas en Dios, capaces de derribar las barreras que nos alejan de Él. Nos ayudarán mucho en esos días difíciles en los que no sabemos ni por dónde empezar a rezar. Sin embargo, veréis que poco a poco el Espíritu Santo os llevará a personalizar cada vez más a cada uno.
La oración es simple, pero es poderosa para cambiar cualquier vida. Cosas muy buenas nacerán de este momento diario con el Señor.

Cualquier cosa puede pasar cuando Dios está involucrado en la causa, y tú mismo lo verás. El Espíritu Santo quiere mostrarte que hay una manera mucho más amorosa y plena de vivir. Se trata de zambullirse en el amor de Dios que nos sana y

ahorrar. Cuanto más te rindas, más experimentarás la gracia de Dios purificando, liberando y sanando tu corazón. Recibirás fuerza y protección. Pero lo mejor de todo es que Dios te dará tal efusión del Espíritu Santo que cambiará toda tu vida. Sentirás crecer en tu interior cada día una paz y una fuerza que nunca imaginaste posible.


a Bíblia no
meu dia-a-dia
Mons. Jonas Abib
Canção Nova
EDITORA

La Biblia en mi vida diaria

Abib, Monseñor Jonas
9788576774884
121 páginas

La Palabra de Dios, materializada en el libro de la Biblia, es un don para toda la humanidad y para cada uno de nosotros, de manera muy especial. Sin embargo, para crecer en el amor por la Palabra se necesita entrenamiento y persistencia. En La Biblia en mi día a día, Monseñor Jonas Abib presenta un excelente método capaz de hacernos vencedores en esta tarea. Es un "recetario" para todos aquellos que desean el conocimiento de la Palabra de Dios, la intimidad con su corazón y un verdadero encuentro con el Señor.

Compra ahora y lee